

Estudios de Derecho

Publicación del Centro Jurídico.—Escuela de Derecho.

Director, JOSE J. GOMEZ R.

Redactor-Administrador, CARLOS E. GOMEZ.

Serie VIII — Medellín, Spbre. 1º de 1919. —Nºs. 73 y 74



EL LIBERTADOR

"ESTUDIOS DE DERECHO" al dedicar su edición como homenaje a los Libertadores de la Patria, se inclina respetuoso ante la gloria de sus hazañas, hace fervidos votos por la prosperidad de Colombia, excita a la juventud a orientarse por los senderos del Derecho, noblemente trazados por los héroes colombianos, y envía fraternal saludo a los pueblos hermanos ya quienes la Libertad ha sido generosa, y han sabido inspirarse en ideales de Justicia.

U.
Vélez

por la Universidad de Antioquia
y por la S. de M. P.

Discurso pronunciado el 7 de Agosto en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, por el Sr. Director de la Escuela de Derecho, Dr. Alejandro Botero Uribe.

Há poco más de un siglo que—conducida por un Mago—una legión de espectros como sombras, se descolgaba de las heladas cumbres de los Andes, sobre colinas y otros que al pie basan el Boyacá y el Sogamoso en la provincia colonial de Tunja. Y aquel ejército de sombras lo traía hipnotizado el visionario Jefe a libertar del despotismo a un Reino, y si quereis que os diga, a medio mundo: ¡empresa temeraria si las hubo!

Mas, antes de avanzar, sabed de qué progenie o casta eran esos espectros de soldados. Eran de los mismos que poco antes en las llanuras de Venezuela,—tribus nómades—especie de centauros *hiponautas*, arrebataban a diente al español, bajo sus fuegos, los cables de sus armadas lanchas, al través de las corrientes de furibundo río; y asombraban al mundo con hazañas como la de las Queseras del Medio, que no ha rivalizado hasta hoy ningún pueblo en la tierra, que no cuenta ni habrá de registrar nunca la Historia; y si no, oid.

Corría el año de 1819 y en nuestra guerra de Independencia no se había convalidado aún—sino en mínima parte—de los estragos con que de 1816 a 1818 Morillo había aniquilado a Nueva Granada y Venezuela; fieros ambos contendientes estaban enfrentados en las opuestas bandas del Arauca que, henchido, aterrador o a la vista invencible, parecía querer impedir entre ellos la matanza. El Libertador que era de suyo impaciente ansiaba la pelea, y Páez que era su más robusto brazo, nada tímido en verdad, creía que no era oportuno arriesgarla en tiempos tan lluviosos; pero, enseñados como estaban éste y sus hombres a jugar con la muerte, cortejándola, un día como por diversión se botaron al Arauca en sus bridones él y 150 jinetes de entre los suyos escogidos, quienes, sin titubear, regocijados lo siguieron, a qué?: ¡a morir! que nada menos debía temerse en tan audaz empresa!

A nado atravesaron en sus caballos la corriente, a la vista del Libertador y sus absortas tropas, quienes los juzgaron locos pues los veían perdidos: iban a emprenderla nada menos que con Morillo, el que midió su acero con Massena, el vencedor de Ney en Vigo, triunfador en Bailén y en cien jornadas, y escogido por Wellington su jefe, para que viniese a tratarnos como a esclavos insurgentes; y, por contera de temblar! señores, con 8500 veteranos de todas armas, guiados por tan aguerridos jefes como Latorre, Calzada, Pereira el del sublime Valencey, Narciso López y otros del jaez. Y ellos? un pelotón de desnudos, tan solo armados de machete y lanza!

Esguazado así el río, Páez instruyó bien a su legión y, cuando el Libertador y sus huestes espantados le gritaban «Insensatos, deteneos!» él y los suyos batiendo las banderolas de sus lanzas contestaron ufanos, sonreídos: «Cantad amigos, si podéis, que vamos a vencer!»; y partieron tan alegres, cual si fuesen por recreo a un juego de sortija o de cañas. Sus compañeros todos los contaron perdidos; y Morillo y los suyos, no pudiendo creer en tan osado e insolente ataque, juzgaron al principio que iban a defecionar, pasándose a sus filas; mas se prepararon sin embargo desplegando su ejército en batalla: a un lado Calzada con 3000 hombres; al opuesto, Latorre con otros tantos; y al centro, Morillo mismo con los artilleros, infantes y caballos que sobraban.

Parodiando yo ahora al galano escritor Eduardo Blanco, os digo: «Que avanzaba esa columna como una serpiente de acero ondulando en la llanura, y cuya lengua vibradora fuese la inmortal lanza de Páez», que a su cabeza y con el ojo avizor del monstruo ofidio, fijase el punto en que hincaría su diente. Llegaban ya a cien pasos de la línea española, cuando una atroz descarga de artillería y fusilería los recibió no de paz; 6000 rifles y seis cañones detienen sus caballos que, ceriles, semisalvajes, se encabritan, resisten, retroceden, se arremolinan y revuelven—cual si tuvieran más seso que sus bárbaros jinetes!—y estos a espuela y a lanza los obligan a entrar hasta que entran al fin, rompiendo filas y haciendo estragos inauditos en los pasados tercios españoles.

Morillo, enfurecido, intenta circuirlos cortándoles la antevista retirada; y Páez entonces, sin descuidar el centro, da sus órdenes y veloz como el rayo ataca a los dos flancos; rompe él mismo el cerco de acero de Calzada, abre en él ancha brecha; y a Latorre y a los cazadores de Pereira les echa encima a Aramendi y a Rondon, a Figueredo y a Muñoz, y a Mina y a Juan Gómez y a Carmona, los cuales a su vez rompen por su lado, burlan a sus enemigos y, a la voz de su jefe van retirándose, «primero a toda brida y luego a media rienda» y hacen que el español, encarnizado al perseguirlos, se aleje de su centro lo bastante.

La caballería enemiga ebria ya de ira y de alegría, creyéndolos corridos los persigue tenaz, alza sus afilados sables relucientes, enristra fiera sus lanzas para exterminarlos; y Páez, sereno y a galope apenas, medio tendido en su silla, viéndolos al soslayo y provocándolos, los deja llegar a la distancia no más de dos caballos; cuando de súbito un grito agudo de su voz del Llano, cual rugido de león, se oyó en sus filas: el grito aterrador de «*Vuelvan caras!*», y, como un solo hombre los suyos movidos por automático resorte vuelven riendas; y, de lo que allí pasó, «no tiene ejemplo el heroísmo humano!»... ..

A pesar del estentóreo ruido en tal fragor, se oía romper los cuerpos de españoles y caballos como rasgando con las lanzas, lona; y entre gritos, imprecaciones y lamentos

la primera fila de la caballería española quedó tendida en el polvo entre su sangre envuelta; y, pasando sobre sus restos los caballos a la segunda fila que trepida, Páez y sus hombres la acuchillan sin piedad y entre salvajes gritos avanzaron, corrieron a los infantes y artilleros y con los pechos de sus corceles hicieron enmudecer fusiles y cañones. El temible español Narciso López, que por pelear mejor echó pie a tierra, no pudo hacer sino un tiro, pues no había un fusil entre unos y otros combatientes: aquello iba ya cuerpo a cuerpo, a uña y diente, como a los mordiscos, hasta que al fin, a la desbandada inevitable ya los españoles corrieron a ampararse en su centro: aquello era un huracán, una tromba, era de un espanto horrendo!...

Morillo, feroz e implacable siempre, al verse atropellado por los suyos disparó sobre éstos! a fin de contenerlos, y la mortandad fue espantosa, pero en vano: él mismo fue arrastrado por aquel ciclón horrible de la pampa y consumió así la derrota de sus 8,500 veteranos, que fueron a escaparse entre los bosques de árboles y palmas, en cuyos recios troncos los llaneros de Páez clavaron sus lanzas como para limpiarlas de piltrafas y entrañas de español que ya las embotaban.

Las sombras de la noche entoldaron ya aquel cuadro de espantos y de gloria a un mismo tiempo; y, a la luz de las estrellas que iban reventando en el oscuro azul como asombradas, el increíble Páez y sus locos como él, ya al pausado trotar de sus bridones, pasaron sobre los cadáveres de más de 500 españoles; y a su vuelta fueron a bañar en el airado río la sangre, el polvo y el sudor copioso y acre de tan desecha tempestad de hierro y plomo.

El Libertador los vio llegar y parecía no creerlo; enloquecido de entusiasmo a poco, les dirigió la inmortal allocución de los Potreritos Marrereños—3 de Abril—que acaba así: «¡Soldados! lo que habéis hecho no es sino un preludio de lo que podeis hacer. Preparaos al combate y contad con la victoria que llevais ya en las puntas de vuestras lanzas y vuestras bayonetas!»

Así decía él, cual si latiera en sus sienes, porque al calor de su amplio corazón gestaba ya en su pecho genitor, Boyacá la libertadora no sólo de Nueva Granada, sino de su dilecta hija—su ensoñada Gran Colombia—y de la América Latina toda: un Nuevo Mundo! Ah! padre Libertador! Bolívar, redentor inmortal de un mundo nuevo, salve, mil veces salve a Vos y a Santander, Páez, Anzoátegui, Rondon, Lara, Manrique, Plaza, París y mil y mil más, hijos de vuestro genio creador, hechuras vuestras todas!

De esa casta o estirpe era, pues, ese ejército de sombras que os dije descolgábase de las cumbres de los Andes, por el Páramo de Pisba, sobre las yungas y collados de Tunja que al pie besan el Boyacá y el Sogamoso y que,—como una fantasía por Edgar Poe ingenjada,—venía regida por un mágico iluso a libertar a un mundo. ¡Y lo libertó ese

Genio iluminado! escuchad, señores, de qué modo que ya no os cansaré mucho.

Esas sombras que Bolívar traía, por él hipnotizadas, toparon desde Paya con su primer humano obstáculo: el retén de unos 300 hombres que Barreiro tenía allí en observación. Empero Santander, el verdadero «organizador de la victoria», el más eficiente genitor en lo práctico de tan osada empresa, los barrió con un soplo no más de su pujante aliento; sin mayor daño que el de haber quedado así descubierto el sigilo en que hasta allí vino ese ejército de sombras. Bolívar, a causa de esto, pareció vacilar por un instante, pero el sereno sesudo Santander apoyado en Anzoátegui, Soublette, Ambrosio Plaza, Manrique, Lara, París, Antonio Obando y otros, le instaron que siguiese, y siguieron.

Avivaren sus movimientos cuanto lo consentía la reposición de sus espectro-sombras que, libres ya de tantas ansias o fatigas y del hielo de tan agrios ventisqueros, al calor vivificante del generoso corazón del Mago, fueron como reviviendo, se animaron, requirieron o aprestaron sus armas, remontaron sus caballerías, reponiendo las pocas sobrevivientes, comieron bien ante todo, y, medio desnudos aún, se alistaron a pelear: a vencer, pues, cual se los dijo aquel vidente iluminado Genio. Y a poco en «Gámeza» donde murieron dos héroes nuestros,—Arredondo y Guerrero,—«los Corrales y molinos de Bonza», la Peña de «Topaga», y sobre todos el «Pantano de Vargas», donde Rondona lanza apeó a Barreiro de su ensoñado triunfo que creía ya seguro: ¡ay! y donde murió como sublime mártir el coronel Rook, jefe viril de la Legión Británica, quien al caer el amputado brazo que dos balas le habían desguzado allí poco antes, lo tomó con el otro, lo mostró en alto y exclamó el insuperable estoico! «Así, los pierda todos, y viva la Libertad!»: honremos, pues, en él a nuestra digna aliada, la noble y libre, generosa Albión.

Allí se hicieron temer ya de su fiero enemigo los patriotas y, alternativamente según Bolívar lo creía discreto, o hacían éstos que se defendían apenas, o atacaban con varia suerte no siempre feliz, hasta que desconcertaran a Barreiro, engreído y tenaz jefe español, mas contendor que honraba bien la lid.

Eludiendo unos y otros la batalla campal y variando posiciones para hallar la mejor, Barreiro se situó en Paipa y Bolívar fingió accarlo allí, lo siguió de muy cerca y con afán, amagando su espalda, y acampó esa noche a tiro de fusil, aparentando que lo atacaría al día siguiente. Así lo creyó Barreiro! cuando al amanecer, Bolívar apareció en Tunja, ya entre Sémamo y sus huestes avanzadas, quitándoles toda comunicación y dueño así de un socorrido parque y de recursos!

La noble y siempre abnegada ciudad del Aguila Negra-Tunja,—se llenó de regocijo y, sin pensar más que en ser

libre, sirvió al Libertador con cuanto pudo y, en parte, tomó filas con él en la contienda. Barreiro desesperado ya emprendió ganar el Puente de Boyacá para enmendar sus errores y, desde los altos campanarios de Tunja Bolívar lo hizo espiar y lo vigiló él mismo a caballo desde lo alto de una cumbre. Y al ver ya el errado camino que tomó el español, Bolívar exclamó en un trasporte de júbilo indecible: "*Ya es nuestro*", y veloz lo siguió cual convenía a sus fines.

Al llegar Barreiro con sus huestes al río Boyacá, ya estaban cerca al Puente Santander y Anzátegui resueltos a ultimarlos. Serían las tres de la tarde cuando la lucha culminó en lo recio, Barreiro se batía como un león acorralado, como digno hijo de la heroica España, pero en vano: los nuestros rompieron allí a su vista y su despecho, el secular Escudo Colonial, abrumándolo a él por donde quiera; lo detuvieron, lo estrecharon, lo enloquecieron, lo hostigaron, y a machete y a lanza y bayoneta lo echaron, por pelotones, a rodar de sus alturas; y Rondón, Infante y Mellao hicieronlos pisotear por sus bridones.

Y cuando ya Bolívar—que embridaba a jinetes y caballos que, como a porfía, querían también entrar en fuego—, juzgó llegado el momento, los azuzó y lanzó sobre esos ya quebrantados, agonizantes escuadrones; y, al inolvidable Santander—el hombre para mí *sine qua non* de tan grandiosa empresa—, tocóle consumir la atroz derrota: poner, pues, el *Finis coronat opus* de la inmortal campaña de Boyacá, que los libres no acabarán de agradecer ni en siglos. Ni en el fin de los siglos, digo yo, porque no fue solo la Nueva Granada la libertada así: fueron Venezuela y Ecuador también—la dilecta mimada hija de Bolívar *Gran Colombia*! y, por anticipación Perú y Bolivia, que palpitan ya en las sienas de Bolívar, Carabobo, Junín y otras jornadas, y la indecible, la inefable terminal del Ayacucho.

¡Ayacucho, señores! de la cual sólo podré hoy decirlos, que la Gloria, que desde años atrás tenía en Bolívar a su escogido, predilecto amante y que suele ser versátil; en Ayacucho esa inconstante le fue infiel. Como el águila caudal, ella se mecía en el éter oteando el curso a la final batalla, el último florón o el broche de oro con que Bolívar orló en la sien a la libertad de Sur América. Y aquella Veleidosa, enamorada al ver a Córdoba en su "paso inmortal de Vencedores", a aquel alado arcángel de la Fama que parecía volar más que sentar el pie en tierra en tan solemne ocasión, la Gloria infiel que acaso había sentido ya sus tentaciones, no pudo resistir más, plegó sus finas y lucientes alas aceradas y con zumbido al parecer metálico, fugaz, flechóse al héroe, se posó en sus hombros sobre aquellas jinetas bien ganadas, y cariciosa le habló al oído y le besó en la sien: eso se explica, señores, es humano; se trataba de Córdoba el más garrido y gentil, el más bizarro mancebo que en el Olimpo Marte engendró en Venus; y la Gloria no era

hombre, Córdoba sí, y qué hombre! Bolívar al saberlo, entre encelado y mustio, mordiéndose el fino y decoroso labio, empero grande en todo como siempre lo fue, sesgó los ojos y guardó silencio: si más tarde él ciñó en las sienas del sin par Sucre la corona triunfal emblema de Ayacucho, no fue ello, nó, una ruin venganza, eso era lo jerárquico y correcto, mas, Sucre hidalgo y justo siempre, la colocó sobre la sien de Córdoba; y aquella Infiel sonrió de regocijo! lo cual también es humano: así es la vida.

Mas, fuerza es ya que acabe yo, diciéndoos: un siglo hace hoy que en Boyacá fuimos libres por obra de Bolívar, Santander y sus héroes: oremos y floremos lágrimas de entusiasmo y gratitud por nuestros Libertadores todos, desde el humilde anónimo soldado,—de quien no se sabe hoy en donde están sus huesos, pues la Historia es siempre así! hasta Bolívar de quien Santander dijo: "Que sin este genio inmortal nada se habría hecho". Y yo digo: ni sin Vos, patrio insustituible, madre de Boyacá si él es el padre!.....

Sí, que sin Santander juzgo yo inconcebible a Boyacá.

Sabed ¡oh jóvenes amigos! que—si no lo más porque de por medio está Bolívar,—a Santander le debemos haber sido en la empresa inmortal de Boyacá su primero y gran resorte, el músculo flexor de tan potente brazo, creador de la Libertad en Sur América; a Santander, que tanto supo pensar y regir bien al país, como ser hombre de viril acción, clásico y eficiente siempre en todo; a Santander, repito, que así supo encararse a la muerte con su espada, como con el Crucifijo que al morir empuñó firme, sin respetos humanos; ¡Cristo, señores, en el cual él creyó siempre, y que si fue Quien en la tierra le dió gloria, iba asimismo a dársela en el Cielo!.....

¡Así, sin miedos! mueren los creyentes.

A. B. U.

Concurso histórico.

Discurso pronunciado por el señor Rector de la Universidad de Antioquia, Dr. Miguel M. Calle, en la sesión solemne celebrada para adjudicar los premios en el concurso histórico abierto por el Consejo Universitario.

Señores:

Extrañeza habrá de causaros el que yo hable en este momento, cuando el programa de nuestra fiesta reza un nombre de todos querido y venerado. El del Dr. Alejandro Botero Uribe, Decano del Profesorado de esta Universidad y reliquia de generaciones ya idas. Fue mi deseo que el Dr. Botero, ilustre por sus títulos, meritorio por sus virtudes, preclaro por sus talentos, respetable por su patriotismo y su carácter, abriera esta sesión solemne con que la Univer-

sidad de Antioquia se propone honrar a los Padres de la Patria en la celebración del primer centenario de la gloriosa batalla de Boyacá. Trasmítale la designación, y aceptóla con el gusto y entusiasmo que pone él siempre para todo lo que a este instituto se refiere; una circunstancia imprevista hizo que él y yo accediéramos a que su discurso fuera pronunciado ayer, ante las Corporaciones Científicas y numerosa concurrencia reunidas aquí mismo. Tal el motivo para que yo venga a reemplazarlo en atención a su edad y en beneficio de su salud que todos debemos cuidar. Y en verdad que no anduve desacertado al hacer la elección. Seguramente la mayor parte de vosotros estuvisteis presentes ayer cuando el Dr. Botero leyó su magnífico estudio pleno de ardor patriótico, en estilo vibrante y armonioso, y con la vehemencia de sus mejores años, la que nos hizo ver que esos cabellos blancos que cubren su cabeza no son la nieve que entumece y paraliza, sino tibio vellón que guarda el calor de una inteligencia cultivada, poderosa y viril, siempre lista para entrar en las justas del patriotismo y del honor. Hermoso ejemplo nos da este anciano octogenario que aún es capaz de conmover los corazones y despertar en ellos los grandes sentimientos que inspiran las glorias de Colombia!

Señores:

Con esta festividad se propone la juventud universitaria de Antioquia honrar la memoria de los Padres de la Patria al conmemorar una de las fechas más gloriosas de nuestra lucha por la libertad. Justo por demás es que los que han de recibir dentro de breve plazo el sagrado encargo de velar por el engrandecimiento, ventura y prosperidad de esta tierra de héroes y sabios, se inspiren en el recuerdo de aquellos hombres superiores que marcaron con sello imborrable toda una época en los anales de nuestra legendaria historia; que templen sus almas con el ejemplo de varones preclaros que parece que en los abismos de la eternidad se hubieran dado cita para venir al mundo por los mismos tiempos, con los mismos anhelos, iguales aspiraciones, incomparables energías, valor nunca superado y acerada voluntad para combinar proyectos, vencer obstáculos, realizar hechos que andan en los lindes de la fábula y crear un continente libre, abierto a la luz de las inteligencias donde antes eran la esclavitud, la ignorancia y las tinieblas.

¡Cómo merecen estos hechos que hoy refrescamos al cabo de una centuria que la juventud los estudie, que los analice, que los palpe y que se impregne con las enseñanzas que de ellos se deriban, para que sirvan de sabia lección de energías a las presentes generaciones, crecidas en la inacción, sin la lucha que aquilata y vigoriza, sin el obstáculo que anima al vencimiento, sin los grandes ideales que estimulan al hondo pensar y al rudo batallar!

Dícese que el hombre es hijo de las circunstancias y

muchos quizás podrían pensar que si hoy surgieran para nuestra Patria dificultades semejantes a las que la agobiaban en los tiempos de la Independencia, se levantarían como en aquella época nuevos héroes, y que volveríamos a contemplar el espectáculo grandioso que nos dieron el genio de Bolívar, el talento de Santander, la prudencia y pericia de Sucre, la intrepidez de Córdoba y las excelsas cualidades de todos los libertadores que, con la grandeza de su alma y el brillo de su espada, iluminaron por más de cuatro lustros el cielo de Colombia. Posible es que así hubiera de suceder, pero no son para tantas esperanzas los signos del tiempo, por que si pensamos en la indiferencia con que por muchos se miran los altos intereses patrios, si contemplamos los débiles lazos que nos ligan a las glorias pretéritas, si por todas partes flota el espíritu de enemistad que unas veces hace correr la sangre a torrentes y otras desgarrar con implacable saña, nombres y reputaciones de hermanos, no podremos menos de creer en que, si en muchas cosas hemos progresado, en otras hemos menguado, y que los que hoy nos llamamos descendientes de águilas por el genio, y de leones por el brazo, nos agitamos en una atmósfera en que se atrofian las fuerzas, se desperdician las energías y se debilitan las más templadas voluntades. Quizas nos hagan falta fuerzas contrarias que desarrollen nuestra iniciativa, que fortalezcan nuestras facultades en lucha diaria, dura y tenaz. Poseedores de la libertad que nos legaron nuestros héroes, habitantes de un suelo pródigo en frutos y riquezas, nos hemos contentado con disipar de nuestra rica herencia, dilapidándola en veces, y así, tan preciados bienes han podido servir para defraudar las esperanzas de los que vertieron sangre y consumieron vidas en aras de un ideal de paz y de ventura. Apenas ahora, cuando las grandes conmociones del Viejo Mundo, verdaderos cataclismos sociales, han traído hasta nosotros el estruendo de civilizaciones que se derrumban, parece que empezamos a comprender que no estamos solos en el orbe, que pertenecemos a la gran familia humana y que como miembros de una gran colectividad estamos en el deber de asociarnos en la obra común del salvamento universal. ¡Pero cuánto nos falta para ser factores efectivos en el rodaje de los grandes pueblos! Cuántas capacidades necesitamos adiestrar para influir siquiera como átomos en las combinaciones del inmenso laboratorio humano! Cuánto estudio, cuánta meditación, cuanta labor perseverante y desinteresado patriotismo debemos poner al servicio del bien común si queremos ser provechosos a la Patria y seguir las huellas de los que ahora honramos, para conservar y acrecer la obra inmortal que ellos nos legaron.

Pensad jóvenes universitarios de cuánto fueron capaces los fundadores de la República y preguntaos siempre si vosotros sois capaces de ser los continuadores de tan mag-

na y heroica empresa, o si por el contrario, habrá de menoscabarse en vuestras manos.

Pensemos, meditemos y obremos como pensaron, meditaron y obraron nuestros héroes y nuestros sabios.

M. M. Calle.

Fallo del Jurado Calificador

en el concurso histórico abierto por el Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia para conmemorar el primer Centenario de la Batalla de Boyacá.

Medellín, 8 de Agosto de 1919.

Sr. Presidente del Honorable Consejo Universitario.—Pte.

En cumplimiento de la honrosa comisión que os dignásteis confiarnos, y procurando obrar con la mayor imparcialidad y acierto, hemos estudiado separadamente cada uno de los trabajos presentados al Concurso en buena hora iniciado por el H. Consejo para conmemorar el primer centenario de la Batalla de Boyacá, y luego nos hemos reunido a deliberar sobre ellos.

Diez fueron las piezas pasadas a nuestro examen y en todas ellas hallamos méritos evidentes que mucho lisonjean nuestro amor a un Instituto en donde las disciplinas que tienden a ensanchar el culto de los próceres y de sus hazañas famosas encuentran tan decididos y felices cultivadores.

Desde un principio llamaron nuestra atención dos trabajos, a los cuales indiscutiblemente correspondían los primeros premios, y nuestro juicio estuvo vacilante entre ellos sin saber por cual decidirse en el orden de preferencia, pues en uno y otro encontrábamos una severa investigación, crítica certera y gallarda, forma literaria, más brillante en el firmado con el pseudónimo *Pan, Queso y Raspadura*, pero seductora por su sencillez y por la *difícil facilidad* que ostenta en el firmado con las iniciales *S. V. A.* Esta condición nos hizo decidir por el último, que es también más comprensivo, aunque quizás debiera aligerarse un poco para que la proporción no se rompa y la sobriedad brille, como en las otras partes de la obra, en la que trata de las decepciones del Libertador en Venezuela y de la perfidia de algunos que se llamaban sus amigos.

El segundo premio corresponderá, pues, al estudio firmado *Pan, Queso y Raspadura*, al cual no tenemos tacha qué poner, pues desarrolla de modo admirable el plan que se traza de «la realidad espléndida de la independencia y el ideal soberano de la unión americana»; bien es cierto que las demás consecuencias de la Batalla las enumera de paso o las sugiere muy discretamente, pero con todo nos

parece más completo el de *S. V. A.*, al cual hemos resuelto que se adjudique el primer premio.

El tercero hemos acordado se otorgue al trabajo firmado *Oscar y Arnoldo*, en el cual se sigue la marcha del Ejército libertador a través de los Andes, y en estilo un tanto declamatorio, pero correcto, se describe la batalla, antes de entrar en la enumeración de sus consecuencias, que abarcan todo el desarrollo posterior de Colombia. Tal vez alguna frase aislada sobre el origen del poder no sea del todo aceptable, ni es históricamente cierto que el clero colombiano se opusiera a la República, como en alguna parte se deja comprender; pero estos son defectos subsanables al tiempo de la publicación, así como el de omitir el nombre de D. Manuel Torres, Ministro colombiano en Washington que obtuvo el reconocimiento de nuestra nacionalidad y murió cuando estaba en ejercicio de sus delicadas funciones; le sucedió nuestro eminente conterráneo José María Salazar, a quien los jóvenes autores mencionan como primero de nuestros ministros en los Estados Unidos. Otro error de fácil enmienda en que los autores incurren al tratar de las consecuencias de Boyacá en Antioquia es el de aceptar lo que dice D. Alvaro Restrepo Euse sobre el establecimiento de una Escuela Normal Lancasteriana en la ciudad de Rionegro, pues la única Normal que allí ha existido fue la fundada por el Gobierno de la Unión en 1871; la primera Escuela lancasteriana de Antioquia fue la de Medellín, dirigida por don Víctor Gómez en 1822; funcionaba anexa al Colegio de Antioquia, núcleo u origen de nuestra querida Universidad. Pero repetimos que estos son *peccata minuta* fáciles de corregir y por eso no hemos dudado en considerar el trabajo de *Oscar y Arnoldo* digno del tercer premio.

Los demás estudios que hemos examinado tienen todos méritos evidentes, como fruto de investigación propia, inteligentemente llevada; pero los unos nos han parecido incompletos, el exagerado conceptismo de otros, no siempre inspirado en la más sana doctrina, el alambicamiento de la frase, el estilo desmayado y las incorrecciones gramaticales denunciarían incompetencia o parcialidad en el Jurado que los premiara, no obstante haber entre ellos algunos que, una vez depurados, aportarían mucha luz al estudio que se inicia de las consecuencias de la gran batalla que selló nuestra emancipación.

Queda así cumplido el encargo que nos habéis hecho el honor de confiarnos, con el cual nos habéis proporcionado el placer de cumplir vuestras órdenes y de apreciar el más elocuente testimonio de que en ese plantel las finalidades patrióticas de la educación se cumplen admirablemente.

Con todo respeto, somos del Sr. Presidente servidores muy atentos,

Gabriel Latorre, Enrique Uribe Ospina, Pbro.,

Julio César García.

Consecuencias de la Batalla de Boyacá.

Estudio que obtuvo el primer premio en el Concurso.

(Obras consultadas: Historia de la revolución de Colombia, de Restrepo; Historia de Colombia, de Henao y Arrubla; y Memorias, de O' Leary.)

Para darse cuenta de los resultados de la brillante acción de Boyacá, fecunda en bienes para la libertad americana, conviene conocer siquiera superficialmente el estado en que se encontraban la Nueva Granada y Venezuela. Cuanto a la primera, bien puede decirse que estaba dominada por las fuerzas españolas. Después de la declaración de su independencia, siguiéronse los disturbios intestinos, que echaron a perder todo lo cosechado a fuerza de tesonera labor. Dormidos, si así puede decirse, los patriotas sobre los laureles conquistados, dieron cabida a dañinas discordias, precisamente cuando España se preparaba poderosamente a pacificar sus dominios sublevados. Así fue que, llegada la hora, las fuerzas expedicionarias de Morillo se adueñaron casi totalmente del territorio de la Nueva Granada. Llegadas a Venezuela en Abril de 1815, el Jefe dispuso lo conveniente para la ocupación de aquel país, que acababa de pasar su segundo período de guerra y contaba independiente nada más que la isla de Margarita, último refugio de los patriotas. Habiendo salido de Puerto Cabello en Julio del año de su llegada, Morillo arribó a Santa Marta el mismo mes y resolvió sitiar la fuerte plaza de Cartagena. No viene al caso aquí hablar de los heroicos esfuerzos y de los padecimientos indescriptibles de los cartageneros. La ciudad cayó al fin en poder del formidable ejército sitiador, y tras ella todas y cada una de las otras capitales. En efecto, habiendo dejado Morillo en Cartagena varios cuerpos de ejército, despachó el resto hacia el interior, dividido en cuatro columnas que obtuvieron el más completo éxito, apoderándose de todo el territorio de la Nueva Granada. Sólo un pequeño ejército patriota, bajo las órdenes en un principio del General Serviez, operaba en los Llanos de Casanare y en Venezuela, y éste fue, al decir de los historiadores, el núcleo al rededor del cual formóse más tarde el ejército que había de dar libertad a cinco naciones.

Tal era el estado de la Nueva Granada después de la invasión pacificadora, que llenó de sangre y de luto todas las ciudades de nuestro territorio.

En mejor estado, Venezuela luchaba incansablemente. Bien puede decirse que la expedición pacificadora, que cumplió su cometido en la Nueva Granada, aunque de manera inhumana y cruel, no hizo en Venezuela más que despertar el entusiasmo por la revolución y la independencia. En efecto, en 1814, después del segundo período de guerra de que ya hicimos mención, Venezuela estaba en poder de los espa-

ñoles. Estos, haciendo aparecer las luchas libertadoras como guerra de castas, habían conseguido que los mismos venezolanos de las clases inferiores se ensañaran contra sus libertadores y que prestaran su valioso contingente a la causa del Rey. Empero, llegado Morillo con sus diez mil quinientos veteranos, perfectamente equipados y vestidos con lujo, los americanos viéronse despreciados por los orgullosos europeos, y entonces comprendieron que no habían hecho otra cosa que remachar sus propias cadenas. Así que, tras de su desengaño, vino el resurgimiento de la aspiración por la independencia: guerrillas temibles fueron apareciendo en todo el territorio; primero una, después otra, fueron cayendo en poder de los patriotas las poblaciones; a los pocos de aquí se unían los de más allá hasta formar un cuerpo respetable; y si en veces se experimentaba un descalabro, pronto era compensado por una victoria. De esta manera, al promediar el año 19, los patriotas estaban en posesión de Margarita, de la Guayana, peleaban con éxito en las llanuras del Arauca y del Apure, y hostilizaban a los españoles en el Llano Alto de Caracas, en la provincia de Barcelona y en la de Cumaná.

Conocido así malamente el estado de los dos países, veamos cuáles fueron los resultados del bien combinado plan de Boyacá. Mas para darse buena cuenta de esos resultados—sin entrar a detallar la campaña libertadora y la gloriosa acción de armas con que terminó—conviene tomar también las cosas de un poco atrás, para ver cuáles eran los fines que perseguía Bolívar, y hasta qué punto se cumplieron al coronar su empresa. Pues no es ni lógico ni justo hacer aparecer las consecuencias de una acción tan importante como hijas de la casualidad, toda vez que para la clarividencia del Libertador no se ocultaba en mucha parte lo que habría de suceder.

Los planes de Bolívar en el invierno de 1819 consistían en invadir la provincia de Barinas, no sujeta a las inundaciones, y apoderarse del Occidente de Caracas. Empeñado se hallaba con Páez en llevar a cabo esta empresa, de no muy seguro éxito, cuando tuvo noticias de que Santander, obrando con suma actividad, había organizado en Casanare mil doscientos infantes y más de seiscientos jinetes, y obtenido un brillante triunfo sobre Barreiro, que comandaba tres mil hombres. Resolvió entonces cumplir lo prometido un año antes a los granadinos, y marchar a Nueva Granada, comprendiendo que durante seis meses, los de las lluvias, estarían seguras en Venezuela la provincia de Guayana y el resto de los llanos independientes. Tenía en mira privar así a Morillo de los recursos que sacaba de estas comarcas de la Nueva Granada, que, como ya se sabe, estaban en poder del gobierno español. Garantía de éxito era en estas circunstancias obrar con rapidez, para no dar tiempo a Morillo, pues cuando pensara el Pacificador, residente entonces en Venezuela, oponerse a aquellos proyec-

tos, ya el ejército patriota volvería con fuerzas dobles o triples de las que lo componían. Ponía, pues, a este jefe en la difícil alternativa de o abandonar a Venezuela para acudir a Nueva Granada, o dejar perecer a ésta en poder de Sámano.

Tan bien dispuesto pian—aparte de los detalles sobre la marcha de las tropas y el modo de penetrar en nuestro territorio—no podía en manera alguna dar malos resultados. Así que, justamente, las consecuencias de la batalla de Boyacá se deben en mucha parte a la maravillosa visión del Libertador.

Apuntados ya el estado de las dos naciones y los propósitos del Libertador, pasemos a ver cómo se cumplieron estos propósitos y cuáles fueron las demás consecuencias de la batalla de Boyacá, sin seguir, por no ser del lugar, al ejército libertador en su marcha gloriosa hasta coronar su empresa en el famoso campo.

Consecuencia inmediata fue el miedo que despertó en Sámano y en sus satélites de las provincias, miedo producido por la sorpresa que recibieron y que trajo el consiguiente desaliento en las fuerzas españolas. Teníase por éstas plena confianza en la victoria, por la superioridad numérica, de armas y de disciplina de aquellas fuerzas a guerridas en la guerra con los franceses, que habían venido seguras de vencer a los que consideraban horda indisciplinada de bandidos. Cegados, si se nos permite la expresión, por las salpicaduras de sangre de los cadalzos levantados en todas partes, no veían el Virrey y sus subordinados que por todas partes en Venezuela el entusiasmo latente por mucho tiempo iba prendiendo fogatas que habrían de convertirse en grande incendio.

Por otra parte, Barreiro, jefe tenido como valiente, había hecho creer a Sámano y a los suyos que en el combate del Pantano de Vargas las fuerzas españolas habían rechazado victoriosamente a las de los patriotas. Todo esto contribuyó a hacer mayor la sorpresa, mejor, el pánico del gobierno español de Santa Fé, cuando supo por boca de los fugitivos la derrota de su ejército y el avance de los patriotas hacia la capital. En tan crítica situación no pensó Sámano más que en la fuga precipitada, que verificó el día 9 de Agosto, dejando la capital completamente libre.

Hecho que confirma hasta que punto obraron la sorpresa y el terror en las fuerzas del Rey, es la derrota sufrida por el Teniente Coronel Antonio Pal en el Cerro de Monserrate. Venía con trescientos hombres de los valles de Boyacá y llegó a Monserrate el 10 de Agosto, día en que Bolívar, con una pequeñísima guardia, había entrado en la capital en medio de las aclamaciones generales. Pal, emperó, que con solo bajar a la Capital se habría apoderado de ella y puesto en grave peligro la vida del Padre de la Patria, no se atrevió a entrar, más aún, dejó dispersar

sus fuerzas por los indios de Guasca y Guatavita, que cogieron prisionero al Jefe.

Bien sabido es además que el Virrey hubiera podido, obrando con actividad y sangre fría, oponerse vigorosamente a los patriotas en su marcha, organizando rápidamente tropas y juntándolas a la guarnición que al mando del Coronel Sebastián Calzada salió en fuga hacia Popayán.

El terror, como ya dijimos, se apoderó también de los gobernantes de las provincias. Sábese que el Libertador obrando con la actividad que las circunstancias requerían envió desde el mismo campo de Boyacá tropas a Pamplona y al Socorro. De Santa Fé despachó después al Coronel José María Córdoba a arrojar de la provincia de Antioquia a los españoles y a levantar los pueblos. Además, una expedición al mando del General Soublette se dirigió a los valles de Cúcuta. Dispuso también el Libertador expediciones que fueran la una al alcance de Sámano y la otra en persecución de Calzada, con mandato esta última de ocupar a Popayán.

Apenas el Gobernador del Socorro tuvo noticias de la batalla dejó la capital y se encaminó a Cúcuta. Otro tanto hizo el de Pamplona, Don José Bauzá. De esta manera esta provincia quedó libre, a excepción de los valles de Cúcuta que continuaban por entonces en poder de los españoles. Aterrado también el Gobernador de Antioquia, Coronel don Carlos Tolrá, por la noticia de la batalla y la de la fuga del Virrey, abandonó su gobernación acompañado por treinta soldados y por los españoles y americanos realistas. Poco después salió el doctor Faustino Martínez, Teniente asesor de la provincia. A este tiempo se insurreccionaron los pueblos y, llegado Córdoba, los patriotas proclamaron su independencia el 30 de Agosto. Córdoba envió al Capitán Juan María Gómez a libertar el Chocó. El Gobernador de esta provincia no esperó el ataque, abandonándola, con lo cual quedó independiente a los pocos días, después de que el mulato Simón Muñoz, que huía de Popayán con doscientos hombres, se vio impedido para penetrar y regresó al valle del Cauca.

Grande había sido la fermentación en la provincia de Popayán e iban apareciendo guerrillas en las distintas poblaciones. Alarmado con esto el Gobernador Don Pedro Domínguez, que andaba visitando su provincia, quiso regresar a la capital. Reunió para este fin algunas fuerzas, más fue derrotado en el Guanábano por cuatrocientos paisanos que mandaba el Teniente Coronel Juan María Alvaréz, el 2 de Setiembre. Al día siguiente llegaba a Popayán Calzada con los restos de la tercera división española, que había sacado de Santa Fé. Apenas llegado, envió al Teniente Coronel Don Miguel Rodríguez con quinientos hombres, a destruir las guerrillas que existían en el Valle del Cauca. Atacado Rodríguez furiosamente por las fuerzas patriotas

que mandaba el General Joaquín Ricaurte, se vio precisado a capitular. Sabido que fue por Calzada el triste fin de la expedición por el dispueta, huyó a Pasto con todos los empleados civiles. Popayán fue ocupada poco después por trescientos soldados patriotas que traía de Santa Fé el Coronel Joaquín París.

Pronto quedaron libertadas, pues, las provincias de Santa Fe, Tunja, Socorro, Pamplona, Neiva, Mariquita, Antioquia, Chocó y gran parte de la de Popayán.

Consecuencia importante de la batalla fue el entusiasmo indescriptible que causó en toda la Nueva Granada la noticia. El sentimiento patriótico, sofocado por tres años bajo la cruel opresión del Gobierno pacificador, se vio surgir radiante y con mayores energías. Por todas partes ocurrían levantamientos, en todo lugar se preparaban tropas y los granadinos acudían gustosos a alistarse en el ejército. Grandes cantidades de víveres, de ropas y de dinero se recogieron en pocos días, con todo lo cual pronto estuvo reunido un ejército que, estrecho en los límites del propio territorio, llevó su presente de valor heroico a las más apartadas regiones.

«Acaso—dice D. José Manuel Restrepo—en toda la duración de la guerra de Independencia no se presenta en la Nueva Granada una época de patriotismo más activo y desinteresado de los pueblos y de los ciudadanos, que en los años de 1819 y 1820. Estaba muy fresca la memoria de la sangre derramada por Morillo, por Enrile y por sus crueles satélites, y de su opresión y tiranía.»

Bolívar se aprovechó de este entusiasmo para enviar tropas capaces de oponerse a cualquiera división que pudiera lanzar Morillo sobre el Oriente de la Nueva Granada y para enviar sumas a Guayana con el fin de adquirir toda clase de elementos de guerra. De esta manera se ayudaba a sostener la lucha en Venezuela.

Simultáneamente se organizó el Gobierno. El Libertador dio a cada una de las provincias un gobernador militar y otro civil. El General Francisco de P. Santander, con el título de Vicepresidente, fue encargado del mando supremo. Con actividad y patriotismo atendió a todo el nuevo Gobierno, organizando las rentas, creando la Junta de séquestro de los bienes abandonados por los españoles y fundando escuelas en los municipios y colegios en las capitales de las provincias.

Haremos las cosas en este estado para seguir al Libertador en su viaje a Angostura. Salido de Santa Fe el 20 de Septiembre, dispuso a su paso por Pamplona lo conveniente para oponerse a las fuerzas que, tal cual había previsto, llegaron a los valles de Cúcuta enviadas por el Pacificador. Este era el tardío auxilio que tanto hubiera servido a Barreiro a no ser por la rapidez que, en su bien meditado plan de campaña, se había impuesto Bolívar. Aquellas fuerzas no pudieron obrar porque se lo

impedían las fuerzas patriotas al mando del General Anzoátegui.

El Libertador llegó a Angostura el 11 de Diciembre de 1819. Dio cuenta al Congreso allí reunido de los motivos que lo habían traído a la Nueva Granada y de los triunfos alcanzados en tan poco tiempo. Con su llegada acalló las ambiciones y rivalidades malsanas que existían en aquella ciudad entre los altos personajes y mostró a sus enemigos con cuánta razón había dejado a Venezuela para atender a la libertad de los granadinos.

Expuso entonces al Congreso la idea que venía acariando desde hacía algún tiempo de la creación de la Gran Colombia. «La reunión de la Nueva Granada y Venezuela—dijo—es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la garantía de la libertad de la América del Sur».—«Legisladores! el tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra República ha llegado».—«Llamando nuestra República Colombia y denominando su capital *Las Casas*, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres sino a ser considerados bastantemente justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la humanidad».

El Congreso, al decretar la creación de la Gran Colombia, comprendió bien cuán grande era la idea de Bolívar y el fondo justiciero que encerraba. Con ella pensaba hacer el Libertador una nacionalidad fuerte, rica y respetable. Se adelantaba así el grande hombre a su tiempo y quizás al nuestro. La unión de las naciones bolivianas es algo que se impone todavía y que toma fuerza a medida que nuestras nacionalidades van dándose cuenta de lo que son y de lo que deben ser. Aquella idea y la que encerraba la convocatoria del Congreso de Panamá ha sido ampliada después: no otra cosa es la aspiración unionista de la América española, más aún, el panamericanismo predicado en nuestro tiempo, que tiene por lema—restringido hoy—el «América para los americanos». Y últimamente se ha tratado de probar que el Libertador es nada menos que el precursor de la Liga de las Naciones, considerada como el más prometedor resultado de la guerra que, hasta el año pasado no más, devastó a Europa y conmovió fuertemente al mundo todo. Hasta qué punto haya razón para creerlo, no está tarde el día en que se averigüe suficientemente.

Consecuencia de la creación de la Gran Colombia y, por consiguiente, de la Batalla de Boyacá, fue la misión diplomática confiada a D. Francisco Antonio Zea para ante el Gobierno británico. Dicha misión, si no dio los resultados apetecidos, no puede negarse que produjo bienes, y a pesar de todo, era un paso importante en las circunstancias en que se dio.

No nos hemos propuesto al emprender este humilde trabajo, hablar de todas las consecuencias de la batalla de Boyacá, siguiendo a los ejércitos en su marcha por todas las

provincias. Eso requeriría tiempo y capacidades que no tenemos y una extensión exagerada. Así que sólo nos detengamos, como hasta ahora, en aquellos puntos que juzgamos más importantes y que en cierto modo llevan envueltos los demás.

La guerra se continuó después de Boyacá con éxito para las armas de la República.

El 24 de Junio de 1821 se libró entre las fuerzas de Bolívar y las del general español don Miguel Latorre la batalla de Carabobo, que dió la libertad a Venezuela y afirmó la de la Nueva Granada. Por este tiempo y meses siguientes se apoderaban los patriotas de las provincias de la Costa de Nueva Granada, hasta sofocar el último levantamiento en favor del Rey.

Estando el Libertador en Santa Fe en Diciembre de 1821, se preparó para emprender la campaña del Sur. El 7 de Abril del año siguiente triunfó en Bomboná sobre el Coronel Basilio García, quien capituló después de tener conocimiento de la batalla de Pichincha. Esta fue ganada por el Gral. Antonio J. de Sucre el 24 de Mayo de 1822 y tuvo como consecuencia la libertad del territorio que comprendía la Presidencia de Quito. Cinco días después se declaró en esta ciudad la anexión a Colombia. En Agosto del mismo año entró a hacer parte de ésta también la provincia de Guayaquil, que desde antes había obtenido su independencia.

En la Nueva Granada ocurrieron por este tiempo y años siguientes algunas sublevaciones, pero fueron sofocadas y al fin el territorio quedó libre de enemigos.

Bolívar había sido llamado del Perú en 1822 para que fuera a darle libertad. El 6 de Agosto de 1824 libró la batalla de Junín, perdida por el Gral. realista José Canterac, y el 9 de Diciembre de aquel mismo año, el General Sucre, encargado por Bolívar del mando de las tropas, derrotaba en el glorioso campo de Ayacucho al Virrey del Perú Don José La Serna. Con esta batalla desapareció el mejor ejército español y el último que combatió en América por la corona española. Al día siguiente de esta grande acción escribía Sucre a Bolívar: «Está concluída la guerra y completada la libertad del Perú.»

Hase creído por muchos que la batalla de Boyacá tuvo mucha influencia en la insurrección de Riego en España [1820], que tuvo por objeto proclamar la constitución española de 1812, que había sido declarada nula por Don Fernando VII al ser restituido al trono. Lo cierto es que las fuerzas insubordinadas en Cabezas de San Juan estaban destinadas a la pacificación de América y listas ya a embarcarse. Bolívar, en el aniversario de la gran jornada, decía que «era el día que había dado la vida a Colombia y la libertad a España».

Hay para nosotros un hecho que consideramos como consecuencia la más importante de Boyacá, porque de él

puede decirse que dependió la terminación de la guerra emancipadora. Este es: el reconocimiento de la superioridad militar de Bolívar y el afianzamiento de su prestigio.

Siempre las magnas empresas requieren una gran inteligencia y una voluntad de hierro, o en otras palabras, necesitan el prestigio del genio, único capaz de llevarlas a término. Y antes de Boyacá, el genio que requería la portentosa empresa de nuestra libertad, aunque columbrábase, no se había dado a conocer lo bastante. El prestigio de Bolívar no se había afirmado hasta entonces como se necesitaba. Es cierto que algunos veían ya en él al hombre privilegiado, pero en cambio otros le salían al paso con intrigas que obstaculizaban su empresa.

Nos vamos a permitir mencionar aquí rápidamente algunos sucesos anteriores a la campaña libertadora de Boyacá, que servirán para sacarnos verídicos en nuestro aserto.

Habiendo los españoles derrotado a los patriotas en Aragua, Venezuela, en 1814, Bolívar dirigióse con los restos del ejército a Cumaná. A ésta encamináronse igualmente los Generales Ribas y Piar. El General Mariño, cuando supo la derrota de los republicanos, publicó la ley marcial y resolvió concentrar en Güiría todas las fuerzas y recursos que tenían los patriotas. Sólo esperaba al Libertador para acordar las operaciones que habían de emprenderse. El 25 de Agosto llegó aquél, y cuando trataba con Mariño y los otros jefes lo que debiera hacerse, supieron que el italiano Bianchi, jefe de la escuadrilla patriota que había en las costas inmediatas, trataba de hacerse a la vela, llevándose los caudales, armas y pertrechos que se le habían confiado. Con esta noticia, Bolívar y Mariño, abandonando su viaje a Güiría, tuvieron que embarcarse con el fin de persuadir a Bianchi que entregara lo que pensaba llevarse. Al cabo, después de muchas luchas, consiguieron que pusiera a disposición del Gobierno de Margarita todos los elementos dichos, y que les entregara parte de la escuadrilla. Al regresar los dos jefes a la Costa-Firme, al puerto de Carúpano, encontraron una gran novedad: los oficiales republicanos que dominaban en aquella Costa, habían convenido la proscripción de Bolívar y Mariño, pretextando el que habían abandonado el ejército para ellos ponerse en salvo. Arrastrados por los promotores de aquel desorden, los habitantes de Carúpano se amotinaron. Mariño fue puesto en prisión y a Bolívar se le destituyó con la mayor ingratitud e injusticia.

El Congreso de nuestra patria dio una muestra de la confianza que tenía en el Libertador, en 1814. Bolívar había emprendido el año anterior la campaña para liberar a Venezuela, partiendo de Cúcuta con quinientos valientes entre los que iban los que había enviado el Presidente de Cundinamarca Don Antonio Nariño. Esta expedición que en un principio obtuvo brillantísimos triunfos, fracasó al fin. Vuelto el Libertador a Nueva Granada encaminóse a Tunja, donde estaba reunido el Congreso, a dar

cuenta de su expedición. El Congreso lo recibió con consideraciones y resolvió ponerlo al frente del ejército que se encaminaba a obligar a Cundinamarca a que hiciera parte de las Provincias Unidas. El éxito de esta nueva empresa no fue, empero, bastante a impedir el rechazo sufrido por Bolívar el año siguiente en Cartagena. Aquél, por orden del Gobierno de Santa Fé, salió con tropas con el propósito de emprender campaña en Santa Marta y Riohacha, que se hallaban en poder de los españoles. Cartagena nególe para tal objeto todo auxilio por mezquinas rivalidades y Bolívar tuvo que embarcarse para Jamaica.

Después del combate de los Aguacates [Venezuela], en que las fuerzas de los independientes se vieron derrotadas por las realistas, [1816] Bolívar dio orden al General Mac-Gregor de que siguiera a Choroni. Esta misma ruta debían seguir los restos que comandaba el Mayor General Soublette. Bolívar partió para el puerto de Acumare el 14 de Julio por la tarde, y anunció que volvería aquella misma noche. Su objeto no era otro que hacer embarcar el parque para que fuera trasladado a Choroni. Efectivamente, ordenó al Mayor General de Marina Villaret que verificara el embarque en el bergantín *Indio Libre*, pero este Jefe, que no confiaba en el capitán del buque dicho, manifestó que era preferible hacerlo en dos goletas mercantes que había a la sazón en el puerto, y púsose a la obra. Estando en esto llegó al puerto el ayudante del Libertador Isidro Alzuru, a quien había dejado en la población de Ocumare para que sirviera de medio de comunicación entre él y Soublette, y sin saberse por qué, dijo al Libertador que los enemigos estaban entrando en la población y que las tropas retirábase a Choroni, comunicación esta completamente distinta de la que se le había ordenado llevar al Libertador. Este, casi solo y cercado de enemigos se embarcó en el *Indio Libre* y dio orden a las embarcaciones de marchar a Choroni. Verificólo el bergantín, mas las goletas siguieron hacia la isla de Bonaire. En vista de lo cual, el bergantín persiguiólas para obligarlas a cumplir lo prescrito, mas alcanzadas, temióse se escaparan a favor de la obscuridad y Bolívar resolvió marchar a Bonaire. Cuatro días después, obligadas las goletas por el arribo de la escuadrilla de Brion, Bolívar siguió a Choroni, que encontró en poder de los realistas y tocó en Chuao, donde supo que la división republicana habíase internado en los valles de Aragua. Entonces regresó a Bonaire, donde se le unió el Coronel José Francisco Bermúdez y ambos se dirigieron al puerto de Güiria. Como en 1814, este suceso fue causa de que se le acusara de nuevo al Libertador de haber abandonado a sus compañeros. «En efecto, en Güiria encontró patriotas pero no amigos.» Bermúdez, desde que pisó tierra no dejó un momento de intrigar contra él, y Mariño, que se creía llamado al primer puesto en las provincias orientales de Venezuela, mostró entonces cómo eran de insinceras sus amistades con el Libertador. El 22 de Agosto

(1816) hubo una asonada contra el Jefe Supremo y se desconoció su autoridad. Asesinos subalternos de Mariño atentaron contra Bolívar y el mismo Bermúdez tiró contra él su espada. Vióse entonces precisado el Libertador a abandonar a Venezuela y siguió a Haití, de donde había de venir más tarde con otra nueva expedición a Venezuela.

Hallábase Mariño en Cariaco, [1817], donde habría juntado mil hombres, cuando presentóse el Canónigo Cortés Madariaga, exaltado demócrata que participó en la primera revolución de Caracas. Monteverde lo había enviado preso a España, pero, fugado, pasó a Margarita, donde publicó un manifiesto recomendando el establecimiento de un gobierno representativo. Venido después a Cariaco, insinuó a Mariño aquellas ideas, quien las acogió, y convocó el *Congreso de Cariaco*, famoso por ridículo en la historia de Venezuela, que tuvo entre sus fines principales desconocer la autoridad de Bolívar.

Cuando se reunió el mencionado Congreso, el Jefe patriota Piar, quien tenía rivalidades con Bolívar y lo obedecía con disgusto, trató de establecer, de acuerdo con el General Arismendi, un Consejo de Generales, con el fin de limitar la autoridad del Libertador. Desenbierto todo por éste, lo hizo fracasar. Piar pidió entonces licencia para retirarse, y la consiguió después de repetidas instancias. Llegado a Upata, comenzó otra vez a desarrollar sus malignos proyectos, despedazando el crédito de Bolívar y procurando la desobediencia al mismo. Trasládose después a Angostura, donde continuó sus maquinaciones. Descubierta toda otra vez, dispúsose lo conveniente para cortar el mal, y puesto preso el conspirador se le condenó a muerte y se le ejecutó —con gran pesar del Libertador— como eficaz medida para evitar tamaños males.

Pudiéramos citar aún otros varios desconocimientos de la autoridad del Libertador, pero parécenos del todo innecesario. Lo dicho hasta aquí basta para probar cómo se conspiraba contra el jefe Supremo, y cómo las rivalidades de muchos Jefes contribuían a demorar el día de nuestra emancipación.

Sólo después de Boyacá vino a acentuarse su superioridad y a reconócersele como el hombre capaz de derrocar un poder tres veces secular. No otra cosa dicen los ruidosos homenajes tributados a él en todas partes; los grandes elogios que se le rindieron en Angostura y en otros lugares; la entrada de la provincia de Guayaquil a hacer parte de Colombia, consiguiíla gracias a su influencia; y los repetidos llamados que se le hicieron del Perú insistentemente para que fuera a coronar su obra libertadora en aquel país.

Cierto que, después, traiciones y conspiraciones como la de Septiembre vinieron a amargar los últimos días del Padre de la Patria; empero, habíase entrado en una época en que ya no necesitábase su espada triunfadora, y si es cierto que Bolívar era no sólo un genio militar sino también un gran legislador y un gran gobernante, lo es igual-

mente que había otros de quienes la Patria podía esperar grandes beneficios.

Resumiendo ahora los puntos importantes, diremos para concluir, que la batalla de Boyacá produjo cuatro grandes resultados: el terror del gobierno español y de sus ejércitos, que trajo a su ánimo la persuasión de la ineficacia de los medios ante el ideal emancipador; el entusiasmo de los americanos que los colocó a la altura y más arriba de los aguerridos soldados peninsulares y que los llevó a sacrificarlo todo por su libertad; la creación de la Gran Colombia, obra del que es considerado hoy como precursor de todos los movimientos unionistas de la actualidad; y el reconocimiento de la superioridad militar de Bolívar y el afianzamiento de su prestigio—causa de todas las victorias que siguieron—que hizo bella y grandiosa realidad del sublime delirio de Casacoima.

Fernando Gómez Martínez

(Del «Ateneo Nuevo»)

Consecuencias de la Batalla de Boyacá

ESTUDIO FAVORECIDO CON EL SEGUNDO PREMIO

Al Dr. Jesús Antonio Hoyos, espíritu eminentemente generoso y comprensivo.

Todo fue grandioso y peregrino en aquella jornada que culminó el 7 de Agosto de 1819. Desde su inspiración casi repentina que fulguró en la mente de Bolívar al conocer los éxitos de Santander en Casanare y ante la hostilidad de la naturaleza que amagaba paralizar sus proyectos en las llanuras del Apure y retardar por varios meses las operaciones sobre Venezuela; desde el acto de trepar la escarpada cordillera de los Andes, con sus rocas altísimas y sus hondos precipicios, cuya realización sólo ha tenido un hecho semejante durante los siglos, en el paso de los Alpes por el General Cartaginés; desde toda esa miríada de obstáculos cuya sola enunciación pone pavor en el ánimo más firme, hasta esa épica batalla del Puente de Boyacá en que el ardor de los combatientes y el anhelo de la victoria encendieron los fusiles, enloquecieron las espadas e hicieron revivir en aquellos campos una pléyade de centauros, como si todo conviniera a hacer de aquél un hecho memorable, de cuyo éxito dependía la liberación de un continente, y cuyas consecuencias, como ondas poderosas, irían ampliando sus anillos indefinidamente hasta dar al espectador el espejismo de las cosas eternas.

En la vida de los pueblos—aun en la de aquéllos que apenas comienzan a destacar su personalidad y en los cuales parece, por muchas y muy variadas circunstancias entre las que sobresale su constante evolución, que no debiera haber nada definitivo—hay acontecimientos que marcan

época en el transcurso de su historia, que son como mojoneros indicadores de que una nueva era ha principiado para ellos, y que constituyen para el observador una verdadera atalaya desde donde puede otear el porvenir, interpretar con criterio alto los sucesos posteriores e indagar qué influencias han tenido sobre éstos, qué corrientes sumaron a la dinámica universal, cuántas transformaciones impulsaron y qué beneficios ha recibido la humanidad de su realización. Tal sucede con la batalla de Boyacá.

Lo primero que sorprende al volver esta página gloriosa de nuestra historia es el entusiasmo desbordante que prendió en los pechos granadinos el incendio de Boyacá. Con razón decía Bolívar en el Congreso de Angostura: «El delirio que produce una pasión desenfrenada es menos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar su libertad». Hay que figurarse el despertar de una raza oprimida sobre cuyo dorso debilitado imponían afortunados tiranos la más agresiva de las soberanías; hay que pensar en el encono de aquellos hombres que oían por los cuatro puntos del horizonte el lamento de sus hermanos que caían al golpe de la espada pacificadora y el rugido de fiera acorralada que salía de las ciudades en muchas de las cuales no había un pedazo de tierra que no estuviera humedecido con sangre de algún héroe, ni un lugar público que no hubiera sido testigo de un martirio; hay que considerar el fermento de aquellos espíritus que, altivos y todo, tenían que besar la mano azotadora si no querían morir como perros en las plazas, cuando no en las encrucijadas, dejando a merced de sus verdugos los seres más queridos. Hay que reflexionar sobre todas estas cosas para deducir la magnitud de aquel torrente de patriótico entusiasmo que inundó el organismo de la Nueva Granada y llevó calor y vida no sólo a las más apartadas regiones del país, sino también a las naciones hermanas que anhelaban la independencia.

Dijérase que los ejércitos victoriosos del 7 de Agosto se habían multiplicado, como en las justas homéricas, para llevar a todos los confines, con rapidez insuperable, sus armas triunfadoras, y en lo alto de sus banderas el signo de la Libertad. Y como esta deidad es foco ingente que turba el sosiego de los déspotas y llena de pavor el alma de los tiranos, se inició la desbandada de los que se creían, por derecho divino, únicos árbitros de los destinos americanos. La comenzó el Virrey Sámano, cuyo temor era tan grande como había sido su crueldad; y en pos de él, José Bauzá, de Pamplona; Carlos Tolrá y el Dr. Faustino Martínez, de Antioquia; Juan Aguirre, del Chocó, y todos esos mandarines más o menos arbitrarios que oscurecieron por muchos años el horizonte libertario de la Nueva Granada. Lo cierto es que no habían pasado muchos días cuando en las provincias de Santa Fe, Tunja, Socorro, Pamplona, Neiva, Margarita, Antioquia, el Chocó y en la mayor parte de Popayán ondeaba triunfante el pabellón independiente, y las alegres dianas de la Libertad habían resonado en el cora-

zón de cerca de 940000 habitantes y les habían llevado la seguridad de que no más el dogal oprobioso estrujaría sus gargantas, ni la mano extranjera firmaría la inicua condena, y que los de fuera no vendrían más con su boato a insultar su austera pequeñez y su honrada pobreza, ni a hacer más amargo el pan de las duras imposiciones con la petulancia de quienes se creían dueños y señores del mundo.

Este milagro de rapidez, este vértigo de propaganda, este huracán de patriotismo que recorría de sur a norte la tierra granadina, se debía sin duda a la ardorosa sed de independencia que animaba a estos pueblos, en los cuales cada ciudadano fue un soldado que ofrecía con su fortuna su vida, y cada hogar una trinchera desde cuyos parapetos la Libertad arrojaba sus sangrientos venablos a la cara de los opresores.

Si estos efectos producía en la masa social, en el alma tornadiza de las multitudes incomprensivas que sólo alcanzaban el lado material y sensible de la dádiva que el triunfo les ofrecía, ya se puede imaginar el delirio que había provocado en los espíritus preparados para quienes los gajes tangibles del momento eran cosa secundaria ante el concepto espléndido y soberbio que representaba la recién nacida libertad. Entre éstos figuraba en primera línea Bolívar. El, que había ideado la campaña, que, comprendiendo lo que ella representaba, había puesto a su servicio el depósito inmenso de su fe y de su confianza, y por cuyos resultados sintió tantas veces torturadora ansiedad; él, a quien el esquivo triunfo del Pantano de Vargas había exasperado hasta impulsarlo a seguir con tesón y a obligar a batirse a un enemigo superior, no podía menos que sentirse noblemente halagado, con el espíritu abierto a todo proyecto grande y generoso, y con la imaginación volando sobre las más atrevidas concepciones. No sería aventurado afirmar que después de la victoria de Boyacá fue tomando cuerpo y vistiéndose con los colores de la realidad toda aquella falange de sueños que fueron su sostén en las horas de prueba y en aras de los cuales había hecho todos los sacrificios, pues el éxito, que es blanda almohada para los hombres mediocres, es estímulo violento para los grandes ambiciosos de cuya raza moral resultan siempre los genios. ¡Qué planes no pasarían, en la embriaguez de Boyacá, por aquella imaginación millonaria que se veía lisonjeada por la realización de hechos que eran antes hermosos desvarios, y a qué cumbres no convertirían las alas poderosas de su pensamiento! Tal vez en aquellos días organizó la América futura; vio la Gran Colombia proclamada; la corriente de simpatía que sus proezas despertaban en Europa; escuchó las bendiciones que la humanidad le prodigaba por sus esfuerzos en pro de la libertad de los esclavos. Tal vez allí concibió el grandioso proyecto, de que hablaría después en Lima, de reunir en Panamá el Congreso que realizara la federación de las diversas repúblicas y que rigiera los destinos del continente, y percibió distintamente las dianas de

Ayacucho que se levantaban regocijadas sobre la América libertada.

Se ha de ver en el curso de estas páginas cómo estos acontecimientos que parecen, al enunciarlos, atrevidas hipótesis o infantiles quimeras, se fueron sucediendo con precisión pasmosa como si el tiempo, en cuyo seno se albergaban, se hubiera puesto a la atisba de la ocasión propicia para irlos presentando de relieve delante de los ojos atónitos del mundo. Adrede quedará en último lugar el proyecto de liga de pueblos para poder tratar con algún detenimiento este asunto que parece—después de la independencia—la idea más generosa y más trascendente que brotó de la mente de Bolívar, y cuya fama continuará al través de los siglos.

Supongamos por un momento que en vez de las primicias victoriosas del 7 de Agosto, hubiera sido la derrota para el futuro Libertador la única finalidad de sus fatigas. ¡Qué cúmulo de males hubiera arrojado sobre la América aquel desastre definitivo y cuántos años se hubiera retardado la emancipación! ¡Qué hubiera respondido Bolívar al Congreso de Angostura, en cuyo seno se le había llamado desertor y se había criticado duramente su osadía, cuando se le pidiera cuenta del ejército confiado a su discreción, de Páez y de sus valientes llaneros que hubieran sido aniquilados tarde o temprano por el enemigo triunfante, en aquellas regiones inhospitalarias? Si el día de Boyacá había hecho de Nueva Granada el centro de todas las esperanzas; si de allí procedía ahora aquel fluido asombroso que no sólo envolvía la República sino que en una forma o en otra volaba a la Goajira a llevar vigor y confianza a los espíritus ansiosos, y a las guerrillas de Venezuela, en las cuales los soldados granadinos que acababan de presenciar la victoria propagaban ese soplo magnífico que engendra los mártires y los héroes; si en este lado de los Andes se había definido ya la suerte de la Guerra, piénsese en las terribles consecuencias de un fracaso casi deseado por algunos pseudopatriotas enemigos de Bolívar, que desde la prensa y la tribuna habían ido sembrando la desconfianza que hubieran explotado a maravilla los pacificadores. Pero no: estos pueblos «estaban ya maduros para la libertad» según el decir del Barón de Humbolt, y este alud de fuerzas ciegas que, salidas del seno de la Revolución Francesa, habían venido a despertar en los corazones americanos el sentimiento de emancipación hasta entonces dormido, no podían quedarse inactivas, así conspirara contra ellas la más adversa fortuna o se opusiera a su avance la abulia de una raza acostumbra a las cadenas, pues sabido es que toda fuerza significa vida, y ésta tiende fatalmente a la actividad y a la luz, y en cumplimiento de estas leyes universales, hasta la planta escondida extiende sus ramúsculos en dirección del rayo luminoso y aun la microscópica semilla rompe el terrón de tierra que la cubre, para cumplir su destino.

Es incontrovertible que la feliz coronación de esta cam-

paña y la proclamación de la Gran Colombia, como su más inmediato cuanto brillante resultado, influyeron de una manera poderosa en el ánimo de los españoles, quienes comenzaron a abrir los ojos a la razón y a darse cuenta de que aquellos hombres que todo lo arriesgaban y que de todo eran capaces tal vez no merecieran el apodo de *viles y mercenarios* con que tenían la costumbre de señalarlos, y que quizás eran dignos de tratar con ellos de igual a igual las bases de la guerra y las condiciones de la paz. Entonces fue cuando Bolívar el *insurgente* de otros días, comenzó a ser el señor *Presidente de la República* a quien se dirigían con respeto los enviados de Fernando VII y las repetidas comunicaciones de don Pablo Morillo. El tratado para la regularización de la guerra, redactado por el Libertador y suscrito y refrendado por los representantes de España y Colombia el 26 de Noviembre de 1820, en cuyas cláusulas se adivina un anhelo fervoroso de generosidad y un criterio altamente humanitario, es prueba evidente de que la palabra de los americanos iba tomando valor ante los mismos que los creían incapaces de un procedimiento caballeroso, y un tácito reconocimiento de que los fines de la revolución no eran tan depravados cuando el jefe de ella era capaz de ofrecer un pacto en que campeaban unidas la dignidad y la hidalguía. Tanta importancia se le concedió a este paso y tanta trascendencia tuvo que O' Leary no vacila en afirmar que "tal negociación decidió la independencia del país." Y no era solamente esta clase de documentos lo que iba ganando el respeto y la atención sobre el Héroe de América. Nó, que a cada paso se encuentran en su vida rasgos emocionantes que revelan la bondad de su espíritu y la liberalidad de su corazón. Entre éstos sobresale, por el sentido de cristiana democracia que lo inspira, la campaña que emprendió desde los albores de su carrera en favor de la libertad absoluta de los esclavos, en la cual no descansó hasta verla sancionada por el Congreso del Rosario de Cúcuta. Esa raza tan injustamente oprimida—dice el historiador arriba citado—"debe más a Bolívar que a cuantos le han precedido o le han sucedido en la regeneración de la humanidad."

Pero es tiempo ya de bosquejar, siquiera sea a grandes rasgos en gracia de la brevedad, la manera como se fue desarrollando ese vasto plan que absorbió todos los pensamientos del Libertador y que consistía en la unión de la América como una agrupación de pueblos que ejerciera la hegemonía sobre el Nuevo Continente y que se pusiera en el mismo pie de igualdad con las más grandes potencias europeas. No se contentaba su noble ambición con dar a cada pueblo su ración de libertad y su gobierno genuinamente republicano, sin exigir las prebendas del poder, las que aceptó las más de las veces—¡oh paradojas de la vida!—por la imposición de sus libertados, y porque era preciso, dadas aquellas circunstancias, una sola voluntad a quien obedecer en los momentos más decisivos de una épo-

ca en que el desorden y la anormalidad eran lo único estable en las turbulencias de la lucha. El presentía el porvenir de estos países y la sed de conquista que sus riquezas naturales despertarían en las naciones del Viejo Mundo, cuando no en las hermanas mayores del Nuevo; y por eso predicaba con el fervor de un enviado y con la pertinacia de un apóstol la necesidad de reunir en el círculo de unos mismos intereses y bajo el pabellón de las mismas aspiraciones a aquellas agrupaciones aisladas para que se hicieran grandes no sólo en el sentido material sino también en el moral, grandeza ésta última la más ambicionada por quien cifraba en el Derecho la redención del mundo.

No se puede negar que estas ideas habían orientado desde el principio de la guerra las miradas de Bolívar, pero más bien como lejano ideal aun recatado en brumosas lejanías, o como hermosa finalidad de una misión política y fecunda. Y como él era ante todo un sembrador, no perdía ocasión, en conversaciones y epístolas, de divulgar su pensamiento, de manera que lo había ido insinuando lentamente a las más altas mentalidades, hasta dejarlo bosquejado en Febrero de 1819 en el Congreso de Angostura cuando se le designó como único Presidente de las tierras hasta entonces libertadas. Pero fue después de Boyacá cuando comenzó a hablar claro sobre sus esperanzas y se propuso precisar sus aspiraciones, que por fortuna estaban ya estereotipadas, aunque de una manera menos extensa, en el espíritu de sus principales amigos, como lo demuestra la carta que, al saber el resultado de la última campaña, le escribió D. Juan Germán Rocio, Presidente del Congreso de Angostura, y en la que—después de felicitarlo por los triunfos—"le habla—dice Restrepo—de la reunión de Venezuela y de la Nueva Granada bajo de un solo Gobierno, como de un suceso que los venezolanos deseaban lo más pronto que fuera posible para el bien y prosperidad de ambos pueblos." No había de conformarse, sin embargo, con esto quien decía a sus soldados que la América entera era teatro demasiado pequeño para su valor. Poco después de salir de Bogotá, el 18 de Noviembre de 1819, escribía a Anzoátegui, ignorante aún de la muerte de este gran caudillo acaecida tres días antes: "Cuide Ud. mucho de la Guardia. Recuerde Ud. que en ella tengo puesta toda mi confianza. Con ella, después que hayamos cumplido nuestros deberes con la patria, marcharemos a libertar a Quito y quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas." ¿No es cierto que en estas palabras flota un mágico aliento que genera el entusiasmo y una fe tan viva en el porvenir que hace pensar que quien las ha escrito conoce todo lo que pueden su inteligencia y su valor, y lleva ya en la mente, escrito con férreos caracteres de voluntad, el croquis de aquella gran nación que se llamaría Colombia y que, al decir de Groot, "auguraba más poderosa que el imperio de los asirios y los medos; más pujante que los

de Augusto y Alejandro; con un pie en el Atlántico y otro en el Pacífico, viendo sus mares poblados de bajeles, trayendo las riquezas del Asia, de la Europa en cambio de las preciosidades de nuestro suelo?"

Como se ve, toda su actividad se dirigía a plasmar en forma duradera este proyecto en el cual cifraba él todo su orgullo de ciudadano y toda su autoridad de vencedor. Por eso cuando en Diciembre se presentó ante el Congreso de Angostura a rendir cuenta de sus hazañas en aquel discurso que ha recogido la historia y ha consagrado la posteridad, reclamaba como único premio de sus años la proclamación de la Gran Colombia. Entre otras cosas decía: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el único objeto que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América". Y terminaba así: "Legisladores: el tiempo de dar base fija y eterna a nuestra república ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va a fundarse esta vasta república. Proclamadla a la faz del mundo, y mis servicios quedarán recompensados."

Tres días después, el 17 de Diciembre de 1819, era decretada por unanimidad la República de Colombia.

Los pensamientos del Libertador habían penetrado por la fuerza de su bondad en cada uno de los miembros de aquel Congreso memorable, y con tal vigor habían ganado aquellas voluntades y de tal manera habían conmovido aquellos corazones, que lograron hacer de cada uno de ellos un propagandista fervoroso. Por eso aquel espíritu comprensivo y potente de Francisco Antonio Zea en ese manifiesto que—al clausurar las sesiones—dirigió a los pueblos de Colombia, alcanza entonaciones sublimes que sacuden las fibras más íntimas del patriotismo, bosqueja las más halagüeñas perspectivas para estas tierras privilegiadas, arrebatada con el vuelo pindárico de su imaginación desbocada y se deshace en apóstrofes que parecen proféticos contra los que más tarde habían de conspirar contra la unidad colombiana, y lo hace de manera tan vehemente que no se puede resistir el deseo de reproducirlos: "¡Perezca—decía—el primero que conciba la patricida idea de separar, no digo un departamento, una provincia, pero ni una aldea de nuestro territorio! ¡Perezca el que, indigno del nombre de colombiano, se denegare a sostener con su espada y con su corazón la integridad y la unidad de la República que habéis constituido!"

Hé aquí, pues, cómo ya comenzaba a tener bases sólidas aquel pertinaz anhelo y a convertirse en viviente realidad aquella perseguida esperanza. La Gran Colombia era ya un núcleo bastante poderoso para atraer sobre sí el respeto no sólo de Europa sino también de las nacientes repúblicas de América, y cuya organización podía contribuir de manera definitiva a la unión tanto tiempo ambicionada.

Por eso el Libertador, que apenas veía iniciada su obra no se detuvo a disfrutar de las conquistas alcanzadas sino que, con tesón desusado y nuevos bríos se propuso llegar hasta el fin. Así, cuando en el año de 1821 fue llamado por el Congreso del Rosario de Cúcuta a tomar posesión de la Presidencia de Colombia, le decía al Presidente de aquella Corporación: "La Constitución de Colombia, junto con la Independencia es el ara santa en la cual haré los sacrificios. Por ella marcharé a las extremidades de Colombia a romper las cadenas de los hijos del Ecuador, a convidarlos a Colombia después de hacerlos libres. Señor: espero que me autorizaréis para unir con los vínculos de la beneficencia a los pueblos que la naturaleza y el cielo nos han dado por hermanos".

Tres años más tarde los tambores de Ayacucho celebraban la derrota del último enemigo, y las banderas que representaban la tiranía eran arriadas para siempre en el vasto territorio de América.

Estaba, pues, terminada felizmente la emancipación, y esto permitiría a Bolívar dedicarse de lleno a la ejecución de su proyecto sobre el Congreso de Panamá y sobre la federación americana que venía meditando con detención desde el año de 1822.

No ignoraba él que España apoyada por la Santa Alianza meditaba la reconquista de estos países y el gran peligro que corría la libertad si no se unían para la defensa. Verdad es que ya había firmado alianzas ofensivas y defensivas con el Perú, Chile, Buenos Aires y Méjico, pero su ideal era extenderlas a todo el continente. Por eso al tener conocimiento del mensaje del Presidente de los Estados Unidos, en 1823, en el cual era proclamada la famosa doctrina de Monroe, vio que había llegado el momento propicio, pues desde luego podría contar con el apoyo moral de la más grande de las repúblicas hermanas. Y cuando la batalla de Ayacucho lo consagró como Libertador de cinco pueblos, creyó que una autoridad tan bizarramente adquirida le daba derecho para dar el primer paso en tan trascendental asunto. En efecto, dirigió desde Lima una circular a todos los nueve estados de la América, firmada por su Ministro General D. José Sánchez Carrión, en la cual hablaba «sobre la ejecución del proyecto grandioso que había concebido de reunir en Panamá un Congreso de Plenipotenciarios de todos los Estados americanos para que sirviera de Consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete de los tratados públicos y de conciliador en las diferencias que ocurriesen en los Estados», según apunta Groot. Este mismo historiador dice que «este proyecto grandioso llamó la atención de los europeos. El Abate Le Pralt escribió un opúsculo bajo el título de CONGRESO DE PANAMA en que admiraba esta idea del Libertador. Este autor ha efa grandes votos por la realización del proyecto y se prometía grandes cosas para la sociedad en general. «¿En qué época

del mundo—decía—se ha visto nunca una reunión llamada del seno de un territorio tan vasto y destinada a fallar sobre semejantes intereses?»

Mas las rivalidades y celos de los unos y la excesiva prudencia de los otros alcanzaron a ocultar ante los Gobiernos invitados las grandes ventajas de este acto, y solamente el Perú, América Central, Méjico y Colombia enviaron a Panamá sus representantes con los cuales se instaló el Congreso el 22 de Junio de 1826. Ya la Historia ha juzgado como se merece la conducta de esos países que hicieron primar la voz de pequeños intereses del momento sobre los invaluable resultados que hubiera obtenido la posteridad, impidiendo así la realización de una obra cuyo influjo hubiera evitado sin duda un inútil derroche de sangre y de energía, mucho mayor, si cabe, que el que se puso al servicio de la causa de la libertad. El Doctor Jesús Antonio Hoyos, en un libro justiciero y reivindicador que publicó hace poco tiempo en París sobre las relaciones entre Estados Unidos y Colombia, termina el capítulo dedicado al Congreso de Panamá con estas palabras que traducidas dicen: «El plan grandioso de Bolívar fracasó pues a causa de la desconfianza de los unos y de la envidia de los otros, pero la historia hará honor y justicia a Colombia y a su ilustre Presidente por haber sido los primeros en América que quisieron establecer el arbitraje como medio civilizador para resolver los conflictos entre naciones.»

Se ha visto pues cómo el destino reservaba al Libertador el dolor supremo de ser incomprendido y de ver morir en sus comienzos el único anhelo que había dirigido por más de cuatro lustros aquel corazón indomable. Estas democracias generalmente turbulentas no estaban preparadas para tanta grandeza y el águila de las cumbres comenzaba a inquietar el corazón de los ingratos y la majestad de sus alas provocaba ya el injurioso clamoreo de las medianías humilladas. Entonces el cóndor gigantesco enseñado a vivir en las alturas sin sentir vértigo de ellas, no pudo soportar la férrea cadena de ingratitud que le pusieron sus hermanos, y con las alas rotas se cernió sobre San Pedro Alejandrino y buscó para morir las ardientes playas del Océano, como si enseñado a vivir entre lo grande, hubiera querido buscar el último refugio a la vera de aquella mole infinita.

*
**

En resumen, y haciendo a un lado los detalles que no son sino adherencias más o menos considerables del resultado general, surgen de la batalla de Boyacá—que fue el golpe de gracia al gobierno español—dos consecuencias primordiales de orden diverso, a cuya sombra bienhechora deben vivir siempre los pueblos: *la realidad espléndida de la independencia y el ideal soberano de la unión americana*. Sostener la una a todo trance y alimentar sin descanso

el otro debe ser la única aspiración de todo americano patriota. Bajo la santa égida de la primera, sembrar constantemente la semilla del segundo; sembrar siempre, sembrar a manos llenas poniendo en la siembra lo mejor de nuestro corazón. Y como según la ley universal nada se pierde, algún día fructificará aunque sea en lejano hemisferio el grano que no nutrió la tierra ingrata y que el huracán arrastró a más propicias latitudes; así el Congreso de Panamá, que Bolívar soñó para regir los destinos de la América, ha surgido ahora en Versalles, después de una gestación de un siglo, para señalar los nuevos caminos del mundo. En el mismo altar en donde se ofrezcan sacrificios a la independencia, deben ofrecerse también al ideal americano, ya que pueblos sin ideal son pueblos inferiores llamados a desaparecer en la natural evolución de las cosas. Menguado aquél que sólo en realidades cifre su afán y su gloria, y mil veces menguado quien proscriba en los pueblos el culto de los sueños.

El historiador Mitre condena muchos de los planes de Bolívar por impracticables y dice de él que «tenía la cabeza llena de viento y de ideales». Y Blanco Fombona, ese idólatra de las glorias del Libertador, comenta así estas palabras: «Los ideales realizados, aquellos ideales que el héroe convirtió en realidad porque tuvo tiempo, le parecen buenos, comprensibles: como que ya son la realidad. Los celebra, los reconoce, los llama ideales. Pero aquellos otros ideales no menos auténticos, genuinos, bellos, grandes; aquellos ideales no menos ideales, aunque la muerte y la vida le impidieron realizarlos, esos los desconoce el corpúsculo y como no los comprende, los desdeña, los tilda de inexistentes, de impracticables, de tontería, de fatuidad, de teatralidad, de humo, de viento. *Bolívar tenía la cabeza llena de viento y de ideales*. Es cierto. Algunos de sus ideales, y de los más bellos, quedaron sin concreación, hechos sustancia de espíritu, cosa incoercible, viento.»

Pues bien, esta *cosa incoercible*, esta *sustancia de espíritu* es la que hay necesidad de difundir, de hacer amar y respetar; hay que embriagar con ella a la juventud americana; hay que luchar por ella sin tregua ni descanso, y no cejar hasta verla cristalizada en la forma de una América solidaria, poderosa por el espíritu y por el músculo, fraternalmente enlazada y compacta, que sea capaz de imponerse por su ecuanimidad y justicia y de rechazar con virilidad la acometida de cualquiera nación del mundo que intentara violar la soberanía de los estados que la forman.

Medellín, Julio de 1919.

Eduardo Vasco.



EL "HOMBRE DE LAS LEYES"

Boyacá y sus consecuencias

Estudio que obtuvo el tercer premio en el concurso histórico.

A D. Tomás Cadavid Restrepo y al Dr. Francisco de P. Pérez, cordialmente.

Empezaba el año 19 y la Nueva Granada, oprimida bajo la férrea mano del gobierno español, representado en el Nuevo Mundo por el cruel Pacificador D. Pablo Morillo y sus segundos Enrile y Sámano, gemía, víctima de sus tiranos. El espíritu patriótico un poco atenuado por el terror, parecía decaer ante la remota esperanza de una libertad ansiada, pero aun lejana; los entusiasmos desbordantes, que en pasados años brotaran de las almas americanas, huían por miedo a los verdugos o por el vil halago de una promesa odiosa, de bastardas libertades, que el Gobierno realista, astuto y sanguinario, ofrecía a sus súbditos con la pérdida ilusoria de remachar la cadena de esclavo, colocada de nuevo al cuello herido de la América Hispánica por la fuerza superior de las armas, que en todos los tiempos pisotea los sagrados derechos de los pueblos débiles.

La sangre vertida por los mártires en las aras de la Patria, inundaba el país y clamaba venganza por aquellas juventudes destrozadas en patibulos; pedía con el sordo rencor del ultrajado, odio para el infame amo español, destructor de hogares, asolador de haciendas, vertebral de san-

Suspiraba la Nueva Granada sin apoyo. Venezuela, la hermana querida, también lloraba ante el horror de sus tragedias y la desventura de sus hijos. La fuerza mágica del patriotismo se muestra entonces dominadora, augurando el triunfo del derecho. Se enciende el fuego de la lucha y cada corazón americano siente el deseo de libertad y acende a buscarla. Se organizan fuerzas independientes para combatir contra el enemigo realista, adueñado de Nueva Granada, lleno de auxilios y con tropas aguerridas, que en más de una vez habían probado su valor derrotando las legiones de Napoleón, el coloso que conmoviera los cimientos de la Vieja Europa. No cuentan los independientes con fuerzas capaces de oponer resistencia y vencer; ni con la ayuda del oro, ya que para ellos es prohibido el tenerlo y solo trabajan para enriquecer el erario español y avivar con el sudor de su frente la hoguera de la tiranía. Pero tienen alma, alma americana sedienta de libertad, ansiosa de lucha; tienen el hermoso ideal de patria sugestivo y único y el bello futuro de ser libres y legar a sus hijos la Patria sin cadenas.

Aquel ejército, pequeño y desventurado, va aumentando a cada paso. A él vienen lo más escogido de Nueva Granada y Venezuela. El amor obra el milagro del triunfo y los recuerdos de héroes de la Patria sirven de guía. El alma de Pola flota en el ambiente; el espíritu de Ricaurte infunde valor en los corazones indecisos y hace que los que aun vacilan al pie de la cumbre luminosa de la Libertad, emprendan audaces su ascensión, llevando como bandera el amor filial a la patria querida.

Apurá y Casanare son el teatro principal de aquella lucha. Allí están los jefes intrépidos y los valientes soldados, que abandonando la relativa comodidad de sus hogares, prefieren conquistar bajo el amparo de las banderas tricolores, la libertad, regando con su sangre el suelo de sus hijos y legando a la posteridad el orgulloso don de ser libres y el no menos altivo de libertadores de América.

El alma de aquel ejército era Bolívar: Bolívar el genio fecundo que baña con su luz el continente americano; Bolívar el artífice que modeló el monumento glorioso de la Libertad sobre las cumbres invioladas de los Andes; el que paseó triunfante el pabellón tricolor por los campos de gloria y honor; Bolívar el de corazón de oro y alma portentosa y única ante el dolor. A su lado militan con incomparable heroísmo Santander, el mimado de la suerte, el de visión futura; el que en medio de las selvas vírgenes de Casanare formaba los libertadores de América, recogiendo de cabaña en cabaña los soldados vencedores en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho; audaz y magnánimo no veía, ni esquivaba el peligro, siendo a la vez soldado y jefe. Páez el indomable «León de Apurá», reunía en sus llanuras a los temidos «Centauros» de América; y Anzoátegui, y Soublotte y tantos más, habían desenvainado sus espadas y lanzado el brillo de sus aceros sobre los campos de honor, para abatir la orgullosa altivez de odiosos mandarines. Con 2000

hombres, desnudos y pobres, iban a vencer estos héroes al español esforzado y al terrible enemigo, la Naturaleza, que reacia oponía, ya el frío de sus cimas nevadas, ya el fango traicionero de sus selvas, o los ardientes climas de sus llanuras. Pero la grandeza del Ideal y el esplendoroso Sol de la Libertad ocultaban los obstáculos e iluminaba la senda de las fatigas con la hermosa luz de la paz.

España, la nación más floreciente de Europa en tiempos de Carlos V; «España la de las épicas y nunca superadas proezas; la que en un tiempo ostentó orgullosa el disco del Sol por corona y por rayos de su diadema los paralelos y meridianos de la tierra entera», había terminado sus guerras con Napoleón, y Fernando VII, tantas veces claudicante, vuelto al trono que abandonara tan cobardemente.

Su absolutismo, impuesto a España con tragedias de sangre, quería traerlo a América enviando, no obstante la penuria del erario español, ruidosas expediciones de reconquista, encargadas de pacificar sus colonias. Una de estas había sido confiada a D. Pablo Morillo, militar de fama, vencedor de Soult y de Ney. En 1816 había llegado al Nuevo Mundo y con un poderoso ejército inaugurado en Nueva Granada y Venezuela una era de sangre, inolvidable en nuestra historia. Nuestra Patria desgarrada por las guerras civiles, que desde los albores de la República nos han abatido, sucumbió ante la fuerza y quedó sometida al infame gobierno que cubrió de luto tantos hogares; asesinó vilmente a multitud de ciudadanos, e impuso a la América el odioso yugo de su tiranía. Bien podía hacerlo: la conciencia de las naciones civilizadas dormía el sueño profundo del utilitarismo y ninguna alzaba la voz, con puras intenciones, contra aquellos actos de barbarie, cometidos en América y aun en el seno mismo de Europa, por una monarquía sedienta de esclavos.

El poder de las armas daba a España la llave de los abusos y sus ejércitos esparcidos en las colonias eran el fiel exponente de codicia y crueldad. Mas la América había temblado y las cumbres de sus Andes fundido la nieve de sus cimas al calor del patriótico fuego brotado por todo un pueblo, inspirado en los más sanos principios de religión y moral, y lleno de nobles ideales acariciados con fervor; el volcán abierto su cráter y lanzado su lava, tres siglos aprisionada en las entrañas de su suelo encadenado. La savia había sido fecunda y nuevas generaciones brotaban llenas de entusiasmo a compartir anhelantes las glorias libertadoras y los laureles del triunfo. La ofrenda era bella y el suelo de la Patria nutrido con sangre de valientes fructificaba con abundante prosperidad. La tiranía española debía morir: su sepulcro estaba abierto en los campos de batalla y la Patria libre, magnífica y gloriosa, levantaba base radiante mostrando al mundo su faz joven y altiva.

Necesario es que mencionemos la campaña libertadora, ya que sin antecedentes mal fundados irían los conse-

guentes. Bolívar concibió la magna empresa: liberrar la Nueva Granada. Contaba con su alma de patriota, con su fecunda inspiración y con una legión de valientes que se disputaban con orgullo el honor de libertadores. El ejército pobremente vestido, anhelaba, no obstante sus penalidades, marchar a combatir al enemigo, dueño absoluto de un territorio fértil, y teniendo como aliado al Dios oro, corruptor de ideales, subyugador de conciencias, creador de ádictos.

Mil obstáculos se oponían a aquella campaña visionaria. En ella iban a luchar la libertad y la esclavitud, disputándose el dominio de un pueblo. Todo estaba por parte del más fuerte, menos la justicia de la causa. Bolívar con su visión futura veía desaparecer los obstáculos ante la constancia de su amor y la belleza de su sacrificio. Su voluntad de acero dominaba el terror del fracaso y alentaba con su alma la desesperanza; se muestra genio y hombre; encarna en él la libertad y marcha, la cabeza envuelta en la bandera, a conquistar las glorias, empezando sus triunfos que aun no han terminado.

Decididos los jefes republicanos a llevar a cabo la campaña granadina, propone Bolívar su plan invasor: atravesar los Andes y sorprender al enemigo en su casa. Todos lo acogen con entusiasmo y él empieza a realizar su sueño de Casacoima. Páez con sus llaneros obraría en Apure contra el enemigo que quedaba a espaldas; Bolívar con el grueso del ejército marcharía a reunirse en Casanare con Santander.

De Mantecal salió Bolívar para Guadalupe, en donde acordó definitivamente con Páez su campaña. De allí continuó su difícil expedición, atravesando las pampas inundadas, las selvas emmarañadas y los ríos desbordados. Era la época del invierno que hacía intransitables aquellas comarcas. En Tame encuentra a Santander, que con alma esforzada había creado un cuerpo, el de vanguardia, digno de combatir al lado de sus jefes. Unidos emprenden el camino de las fatigas y de los dolores: vuelan por las llanuras, cuidando más del fusil y de las municiones que de su propio cuerpo, aterido y débil; llegan al pie de la cordillera que como un enorme titán los separa del enemigo. Bolívar decide pasar su ejército por el Páramo de Pisba y se pone a su cabeza para alentar con su valor y calentar con el fuego de su corazón el frío de la cumbre. Días antes, en la Aldea de los Setenta, Bolívar como todo genio, quiso consultar la opinión de sus compañeros sobre aquella empresa, llena de penalidades que a nadie ocultaba. Nadie vacila en seguir al astro luminoso de la América, al creador de un mundo nuevo.

Atravesando el Páramo, único lugar que el enemigo descuidaba por inaccesible, y donde más de 200 soldados, enseñados a los ardientes climas de los llanos, perdieron la vida sepultados en las nieves, como ofrenda de patriótico amor al rey de las cumbres, Bolívar, que cual otro Aníbal

había compartido con los soldados sus penalidades y dolores, descende a los fértiles campos y empieza la epopeya de sus triunfos, cuyo eco debía repercutir por una eternidad. Sus épicas proclamas resuenan en el corazón de las provincias despertando el dormido patriotismo; a medida que avanza sus filas engrosan y el enemigo atemorizado siente el castigo de sus crímenes.

Pequeños triunfos en Paya, Gámeza, Molinos de Tópa-ga y otros inician la lucha. Barreiro, el audaz e intrépido jefe español, encargado por Morillo para castigar la audacia de Bolívar, ve el poder eclipsador de aquel hombre y vacila y duda del triunfo. Mientras tanto Bolívar avanza siempre victorioso y llega el 25 de Julio a situarse en Pantano de Vargas, donde el ejército realista estaba atrincherado y dispuesto a aplastar para siempre el ejército independiente. Acorralado este en un desfiladero y entre dos fuegos, la patria vacila y la libertad hubiera muerto si Rondón, Infante y Carvajal no la hubiesen salvado con sus llaneros, arrancando al español el odioso dominio y vuelto pedazos el tiránico poder. El Pantano de Vargas es considerado por muchos historiadores el punto principal de nuestra emancipación, ya que Boyacá fue la consecuencia de aquella derrota.

Desde ese día los dos ejércitos se limitaron a observarse mutuamente sus movimientos, hasta el 4 de Agosto, en que los patriotas simularon un ataque, y entrada la noche contramarcharon caminando toda ella, burlando la vigilancia del enemigo, que confiado quedaba en Paipa, sobre las alturas que dominan a Tunja. El día 5 por la mañana el ejército patriota pasa por el pueblo de Cibatá y a las 11 se apodera de Tunja, cuyo gobernador D. Juan Loño acababa de salir con el regimiento 3º de Numancia, en auxilio de Barreiro. Este, deslumbrado con tanta osadía y viendo cortada su comunicación con Santafé, camina a marchas forzadas al pueblo de Motavita, no lejos de Tunja. El 7 por la mañana el jefe realista hace mover su ejército con dirección al puente de Boyacá, esperando interponerse entre el ejército republicano y la capital. Bolívar, que desde las alturas de una colina lo observa nervioso, y con ardiente entusiasmo exclama: "ya es nuestro", corre a la plaza de Tunja donde el ejército, impaciente por vencer, espera sus órdenes. «A ocupar el puente de Boyacá», dice el héroe y todos parten a conquistar laureles, mientras él monta en el carro de gloria para recorrer triunfante la América.

Eran las 2 de la tarde. El cielo nebuloso y triste; el sol empañado con el llanto de los huérfanos, ocultaba su disco. Los dos ejércitos se acercaban por diferentes caminos, sin saber que uno u otro podían encontrarse en un momento dado. Las banderas tricolores van desplegando los orgullosos tintes de sus pliegues. De repente se oye un grito; el enemigo! El enemigo! el enemigo!, repiten a un mismo tiempo los bandos encontrados. Como por encanto sopla el

viento; disípanse las nieblas y el sol luce esplendente su disco refulgente, augurando venturas a su émulo el Sol de la Libertad.

Un escuadrón del ejército republicano intenta desbandar el ejército realista. Barreiro confiado en que sólo es un cuerpo de observación, no se preocupa y manda al capitán Tolrá que despeje el camino, mientras el grueso del ejército continúa la marcha por el camino. Mas avisado el Libertador de la presencia del enemigo, precipita la marcha y aparece de repente dominando la colina interpuesta entre los dos caminos.

Repelida la columna realista que iba en persecución de los exploradores patriotas, por el coronel París, con los cazadores de vanguardia, hacia una casa de teja de donde son igualmente desalojados, y perdida esta última y favorable posición, los realistas pasan su vanguardia por el puente y se parapetan del lado opuesto. Entretanto el ejército republicano descende para atacar el grueso del ejército español, mientras la caballería marcha por el camino para forzar el puente. Barreiro que esto ve corre a pasar el puente, pero no logra su intento porque se le interponen los batallones Albién y Rifles, mientras Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza, con los Bravos de Páez y Barcelona, e Infante con su escuadrón de caballería lo acometen por el centro. Barreiro se detiene, cambia de dirección y sube rápidamente a una meseta que está a su derecha y allí se forma en batalla, colocando en su centro la artillería.

Las tropas libertadoras se despliegan en batalla: la izquierda a órdenes de Santander está compuesta de los batallones Nueva Granada, Guías y Cazadores de Vanguardia, los otros cuerpos, a órdenes de Anzoátegui, forman el centro y la derecha. Bolívar desde una altura domina el campo de la lucha: a su lado está el Estado Mayor con su jefe Soublette, y al pie de la colina, y al alcance de su voz, agitados, deseosos de lucha, se encabritan los caballos de Rondón y Mellados.

De pronto ruge el cañón, crúzanse los fuegos, el humo oscurece el sol; empurpura la sangre el brillo de las bayonetas y tiembla el suelo y se oyen los gritos lastimeros de los heridos. "Sobre la negra nube que presagia un desastre se divisa una aurora, y Bolívar agrega a nuestra historia una página más, donde su espada escribe: Boyacá!"

Rápidamente la batalla llega a su mayor intensidad; Anzoátegui siempre ardiente, ordena a Plaza desalojar a Jiménez, segundo de Barreiro; al mismo tiempo los batallones Rifles y Albién, empujados por él suben a la meseta, en donde Barreiro se sostiene a pie firme. La metralla abre claros en las filas republicanas, que no vacilan ante el ejemplo de su jefe, que intrépido como ninguno cruza en su caballo en medio de torbellinos de metralla, con osadía sin igual. Acrece la lucha; los Bravos de Páez refuerzan a Anzoátegui, que carga a la bayoneta y ataca como un alud a los Cazadores del Rey. Ceden estos ante el furor y se replie-

gan llenando de confusión las filas realistas. En este instante ordena Bolívar a la caballería concluir: suenan los temidos clarines que aterraron a Barreiro en Vargas y los impacientes corceles se lanzan con furor y odios sagrados, acometiendo al enemigo. «Firmes y viva España» grita Barreiro, mas todo cede ante la lanza de Rondón, Infante, Mellados y Mujica. El terror se esparce por las filas españolas y Barreiro, envuelto, comprende la derrota. Como un héroe combate al pie de sus soldados, hasta que herido y ensangrentado, un soldado, Pedro Martínez, lo toma prisionero.

Con Barreiro y Jiménez quedan prisioneros 1600 soldados, la artillería, la caballería, las banderas, municiones. Todo en poder del vencedor. «El escudo roto y en pedazos el cetro colonial» Bolívar saluda a Colombia y a la América toda. Su pueblo era libre, su gloria empezaba.

A los tres días entra en Bogotá, coloca la primera piedra del edificio grandioso de la República, como primer fruto de aquella jornada; «altera el mapa de la América y marca con su espada de fuego los límites inmensos de Colombia.»

La batalla de Boyacá, no inmortal por su magnitud, ni por el número de muertos que en el campo de la lucha quedaron, tiene en la historia del mundo un puesto de preferencia. Por ella un pueblo oprimido obtuvo libertad y las naciones civilizadas sintieron el triunfo de la justicia. Por ella cinco naciones entraron a formar parte de la familia de los libres y nuevas tendencias redentoras se esparcieron, con benéfico provecho por todo el mundo.

Como consecuencia inmediata trajo para la Nueva Granada la liberación de nueve provincias: la del Magdalena, libertada por Anzoátegui; la de Antioquia por José M^a Córdoba, quien arrojó de ella al Gobernador Carlos Tolrá, proclamando la provincia su independencia absoluta el 30 de Agosto de 1819; la del Chocó por el Capitán Juan M^a Gómez, enviado de Córdoba para salvarla del odioso mandarín Juan Aguirre; la del Cauca libertada por el Teniente Coronel Juan M^a Alvarez, el que cerca al Guanábano dió muerte a su Gobernador Pedro Domínguez y 80 compañeros más; la de Pamplona, con excepción de los valles de Cúcuta, libertada por el Coronel Pedro Fortoul, quien arrojó de ella a su gobernador José Bauzá; la del Socorro por el Coronel Antonio Morales (1); y las provincias del Sur libertadas por el Coronel Ambrosio Plaza y otros Jefes republicanos, quienes hicieron capitular a Calzada. En esta campaña el Obispo Jiménez de Padilla influyó eficazmente con el clero de su diócesis para que los habitantes del Sur se levantasen contra los enemigos del Rey, a quienes excomulgó y anatematizó.

(1) El mismo del 20 de Julio de 1810. Este arrojó al Gobernador Lucas González.

Libertadas las provincias, Bolívar atendió a su administración, consultando la opinión general y satisfaciendo las exigencias de ellas para probarles los preciosos dones de la libertad adquirida. Estableció en cada una un jefe militar y otro civil, encargando a ambos de cooperar con soldados y armas y dinero al aumento del pie de guerra que debía emplearse en libertar las demás provincias y arrojar para siempre del continente americano al español. Instaló el gobierno central formado por tres poderes. Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Nombró Vicepresidente a Santander, quien se encargó del Ejecutivo, puesto que desempeñó con admirable pericia. Así quedó constituida la República de Colombia.

Inmediatamente el Libertador partió para Venezuela, donde debía dar cuenta al Congreso de su campaña en Nueva Granada, y pedir la pronta creación de La Gran Colombia, su sueño dorado.

Aparecen como primeros frutos de la independencia el adelanto de las provincias. Aisladas como vivían unas de otras no sabían lo que pasaba en su exterior, las vías de comunicación eran pocas y sus gobernadores en nada se esforzaban para hacerlas progresar, atendiendo únicamente a su enriquecimiento propio, sin cuidarse por el adelanto de ellas. Llega el preciado don de la libertad sellada en Boyacá; cambian los gobernantes y los regímenes; un nuevo gobierno liberal y entusiasta sucede al viejo amo: el progreso golpea las puertas abiertas por las armas victoriosas de los independientes.

La primera era la marca la I. P. Atrasada como estaba en tiempo de la colonia, empieza a florecer y dar preciosos frutos que la Patria mira con orgullo. En nuestra querida Antioquia, quizás la más oculta entre sus altas montañas, se siente el vivificante jugo de aquellos frutos; las escuelas se ven colmadas por los que, anhelantes de saber, quieren ser los primeros en servir a la Patria. Los primeros gritos de libertad despiertan con entusiasmo único a los dormidos moradores, que ansían beber libertad y atronar el cielo con sus gritos de alegría. Los hombres que por aquellos tiempos tenían mediana instrucción dedican sus mejores horas a la enseñanza del pueblo haciendo la benéfica labor de formar los ciudadanos de la República, los que mañana ocuparían los puestos a que ella los llamara.

La batalla de Boyacá con su ruidoso éxito produjo una verdadera transformación en las provincias, transformación que efectuó en el conjunto de su vida, cambiando totalmente su existencia. En Antioquia por ejemplo, al saberse la noticia del triunfo de Bolívar y la caída del Gobierno realista, la provincia sintió la conmoción de un terremoto que derrumba para siempre los edificios de un gobierno absolutista y cruel. Sus habitantes sin comprender en un principio aquella causa, sentían el influjo de una agitación que los movía a abrazar la nueva vida de ilusión.

nes. Viéndose libres y comprendiendo su igualdad ante la ley que emanara de sí mismos, crecía su amor por la tan deseada patria y todos querían probar su agradecimiento ofreciendo su sangre en aras de la libertad. El nuevo gobierno era atendido con amor y su adelanto notorio, viéndose abrirse las nuevas vías de comunicación, el decaimiento de los odiosos amos, y la organización bajo un régimen igualitario. Fúndanse colegios y escuelas (la Universidad fue fundada por orden de Santander en 1822); ensancháanse las empresas mineras, empleando nuevos adelantos para extraer los preciosos metales y foméntase el comercio interior y exterior como medio eficaz de acercamiento entre los pueblos. Y lo que en Antioquia sucedía, era imitado por las otras provincias, notándose poderosa actividad y gran patriotismo.

Los ciudadanos prestaban a la Patria el apoyo de sus riquezas, el óbolo de su cariño, manifestado por el estudio constante para engrandecerla; se escribían sus glorias, se cantaban sus triunfos y el entusiasmo por sus héroes era motivo de orgullo. Aparecieron las hojas periódicas que lucían con grande patriotismo su admiración al gobierno, prestándole su poderosa ayuda; el ejército era auxiliado y los soldados marchaban gustosos a combatir donde la Patria necesitaba sus servicios; los empréstitos eran recibidos con la mejor acogida y el gobierno mirado con respeto por todos los ciudadanos. Una de las mejoras de más provecho fue la de dotar a cada población de un Concejo Municipal, encargado de velar por el adelanto de sus respectivas jurisdicciones. Las leyes emanadas del gobierno central eran acatadas y estrictamente cumplidas en las provincias como prueba evidente de armonía. El sufragio que nivela todos los ciudadanos ante la ley era respetado y los representantes del pueblo iban, ya a las capitales de las provincias para formar las Asambleas o bien a la capital de la República para formar las Cámaras y el Senado, que son los únicos poderes que pueden emitir las leyes que gobiernan nuestra nación. Parecía que una nueva alma se había apoderado de los pueblos, tanto era el cambio que en ellas se veía. A la apacible vida colonial siguió el entusiasmo y la agitación de la vida independiente; aparecen las alegrías y los halagos que el luto de pasados días alejara de las familias, y las marchas triunfantes del progreso dejan su estela de luz. Las industrias, las artes, las letras, el comercio, todo toma su iniciativa propia, queriendo ser cada uno la vanguardia de los otros. El humilde colono, acostumbrado a vivir con la cabeza inclinada por el respeto a «su Rey», se transforma en el ciudadano altivo, que amparado por la ley es igual en todo y por todo al más alto ciudadano de la República. Se acaban las viejas y rancias ideas de vasallaje y la libertad se esperece por todas partes destrozando cadenas y aboliendo la odiosa esclavitud; surcan las aguas de nuestros ríos los primeros vapores, sintiendo con el azote de las hélices, la caricia reden-

tora del progreso y Colombia, antes olvidada y sola, entra a formar parte de la gran familia de los pueblos libres.

Al través de la Historia de la humanidad nueva, y en especial de la historia de América, la batalla de Boyacá ha marcado una senda que todos los pueblos jóvenes de un continente siguen con religioso respeto: la senda de la libertad. Por ella una raza dominadora y altiva va camino de la preponderancia que en todos los tiempos aparece tentadora, incitante y provocativa, como fin único de un pueblo que busca el apogeo de su grandeza.

Boyacá resuena en las cumbres, en los valles y en las selvas de América. En todas partes simboliza la soberanía de una raza, llena de ideales, de altas miras encaminadas al progreso. Por ella cinco naciones vieron la luz y viven con vida propia; por ella un continente está libre de tiranos; de odiosas monarquías que por más de tres siglos encadenaron su suelo y esclavizaron a sus hijos; por ella revivió la sangre americana, altiva y libre con los hijos de sus selvas; por ella las naciones hispano-americanas se muestran orgullosas a la faz del mundo, ostentando el adelanto de sus ciudades, la prosperidad de su comercio, el avance de sus ciencias, el engrandecimiento de sus hombres. Sus frutos empiezan a recolectarse con admirable prosperidad en América. Las flotas surcan los mares llevando los productos americanos a tierras extranjeras y trayendo la civilización a sus hogares; su suelo entretendido por ferrocarriles, une los pueblos y los acerca con vínculos de amor y de paz; por sus ríos corren altivos los vapores, veloces mensajeros del progreso, y las selvas vírgenes desaparecen ante la caricia segura de la sierra, que las transforma en ciudades activas, que muestran con soberbia los penachos de humo de sus fábricas, la solidez de sus edificios, la majestad imponente de su belleza.

Un siglo ha que la América se conmovió: témblaron las cumbres de los Andes, y se borraron los límites de antiguas posesiones. Una nueva vida, un nuevo ambiente y un nuevo pueblo apareció. Cinco naciones, cuyos límites marcara Bolívar con la gloriosa espada de la libertad, en la visión futura de los tiempos, forman el núcleo de una raza una en ideales, en idioma, en religión. Un siglo ha que las cadenas rodaron destrozadas por la espada del derecho que esgrimiera un pueblo libre, contra infames impositores, y que un gobierno representante de aquel pueblo imparte con justicia las leyes sabias que rigen las naciones, ordenan las sociedades y amparan a los individuos. Ya no es la voluntad absoluta de un hombre privilegiado por la casta la que impera; no es el capricho de una corona, ni el cetro imperial el que domina; es el magistrado sabio y probo que por su mérito propio, y llevado por el voto popular, fiel exponente de los derechos ciudadanos, llegó a ocupar la dirección de un pueblo, respaldado en leyes emanadas por los mismos representantes de él

BIBLIOTECA

y que en hora dada impiden los abusos que en los altos puestos se cometen. Todo esto debemos a los padres de la Patria, a Boyacá.

De aquí nació la República que se ha conservado a través de épocas de ventura, de sangre y de llanto, pero que aún guarda parte de aquel bello ideal de Bolívar: la Gran Colombia. Sus Constituciones han sido respetadas, sus leyes estrictamente estudiadas y adaptadas a las diversas épocas; su soberanía, aunque un tanto ultrajada, se conserva, y el derecho de los libres impera en ella.

^{**}
BOLIVAR! Su nombre basta para crear en el alma un amor infinito por el héroe. De Boyacá a Ayacucho recorrió triunfante los campos de la lucha, montado en el carro refulgente de la diosa Fortuna, y teniendo por alados corceles los triunfos de la Patria. Por doquiera regó libertad y en su siglo de ventura su nombre pertenece a la Humanidad y al Cielo. En España, nuestra madre querida, se le adora: sus ciudades le consagran avenidas y plazas y estatuas; en toda Europa se le honra como bienhechor de la Humanidad y en el cielo de los mundos ignorados, su nombre está escrito con la luz de un planeta: Boliviana.

Y qué diremos en América? Desde las cumbres más altas hasta los valles más profundos la gloria de Bolívar ha llegado imponente con su cortejo de amor. El cañón que en Boyacá tronara anunciando al mundo la libertad del pueblo americano, resuena aún en las más apartadas regiones de la tierra; el alma de la independencia aún flota en el ambiente de las multitudes. Ella se deja sentir en los campos de batalla luchando por sus fueros; en los Congresos pidiendo seguridad para los pueblos y en las plazas públicas clamando en las multitudes amparo y protección para los desamparados. Y esa alma independiente, esa que flota en todas partes, nació de Boyacá, de Bolívar. El la creó con su genio y Boyacá la hizo volar libre por el mundo abatiendo con las potentes armas del derecho sus enemigos: los amigos de la esclavitud.

De Boyacá brotó el entusiasmo por los padres de la Patria y por sus glorias. De ese triunfo luminoso nació ese amor inagotable, transmitido a nosotros de generación en generación, y el cual debemos cultivar con creciente fervor. Los mártires que sacrificaron su vida en los altares de la Patria deben ser adorados por una eternidad y su memoria grabada en nuestros corazones. En América donde cada corazón palpita al oír el nombre de Bolívar, se le honra consagrándole naciones, departamentos, ciudades. En muchas de ellas su estatua preside y en muchas las lágrimas de la gratitud han corrido al conmemorar los felices días de la Patria gloriosa.

El mundo entero quiere hoy honrarlo y como testimonio de su admiración pretende realizar sus sueños. Los sueños de Bolívar!! Ah! cuán gozoso estará, allá en la mansión de los escogidos, él, al ver que uno de sus ideales, la Unión

hispano-americana, vuelve a surgir del olvido. Sí, porque él luchó hasta morir por la unión de los hijos con la madre bondadosa, que después de un siglo de vida independiente nos llama con amorosa voz para que formemos una sola alma que habite varios cuerpos hermanos en fé y en ideales. Su rey, Alfonso XIII de Borbón, ha lanzado a la América la hermosa ofrenda de la reconciliación; quiere vernos como a hijos de España y espera, como Bolívar, que la unión nos haga fuertes para luchar y grandes para vivir.

Y qué es la Liga de las Naciones sino otro sueño de Bolívar? Unir el mundo, evitar las guerras, vivir en paz, todo lo pensó Bolívar, todo estuvo en su cerebro y en su alma. Vió la transformación de los pueblos en la evolución de las ideas; contempló el futuro de América y su engrandecimiento y previó la ambición del coloso del Norte. Trabajó por la alianza de americanos contra el enemigo común y abrió el interrogante. ¿Quién puede imaginar que así los que han de ser vencidos en la lucha, como también los triunfadores todos cooperan a un mismo fin? Propósito superior en los unos, a la voluntad que toma empeño en combatirlo, en los otros a la tendencia impulsiva que los arrastra; en todos a las contrarias fuerzas que se repelen con fracaso y a los fines porque se sacrifican. Quién les haría creer que agentes inconscientes los más, ceden sin advertirlo a extraña voluntad, y eficazmente sirven a los designios de un Sér, que oculto en las tinieblas de lo infinito dirige como de presente el desenvolvimiento de los pueblos en el progreso humano y a su arbitrio cambia las elevadas cumbres en profundos abismos, transforma el polvo en donde se abaten los imperios, en regueros de luz y del antro sombrío donde esgrimen sus armas los gladiadores del sofisma hace surgir el sol de la verdad, puro y resplandeciente?»

Bolívar frustró con su Unión Americana el plan de reconquista de la Santa Alianza. Esta se proponía someter las colonias sublevadas; dar a España su dominio y lucrarse ella de los beneficios que le correspondían como dueña y señora. Un plan utilitarista que, poniendo como medio el de devolver a España sus dominios, pretendía sólo ejercer supremacía en América.

Su grandeza ha sido cantada por todos los artífices de la palabra o el pincel, o del mágico buril. Allí están en gloriosa legión Rodó, Montalvo, Blanco-Fombona, Darío, Nerivo y tantos otros que en América le han dedicado su corazón y sus estrofas. Allí están Frémiet y Tenerani que grabaron su imagen dando vida al bronce; allí está Unamuno que desde España le dice: "nuestro Bolívar", con cariño fraternal. Su nombre ha servido de bandera en las revoluciones que buscan como fin la libertad. No muy lejos de Boyacá está la de Riego y Quiroga, hija de nuestra emancipación. No os extrañéis. Era en 1821. El pueblo español agobiado por el despotismo de Fernando VII gemía; los sucesos del Nuevo Mundo mirados con cariño y envidia por el pueblo, deseoso de las mismas libertades, y

de un caudillo que les arrancara aquella pesada carga de tiránica opresión. Suena con mágico halago el triunfo de Boyacá; brota el entusiasmo, palpitan los corazones al unísono de América y nace la revolución. Esa revolución tanto tiempo esperada y cuyos gérmenes habían salido de América. Oprimido el pueblo español quería ser libre; aun que expatriados o encarcelados o proscritos los principales adalides del sistema liberal y perseguidos con rigor sus demás partidarios, el aumento de los impuestos, el descontento y los atrasos de la hacienda, la paralización de las artes y del comercio, la persecución en masa contra un partido habían predispuerto la opinión del vulgo en su favor, desprestigiado al rey y preparado un trastorno político. No faltaba sino el caudillo que alzara el pabellón y arrastrara las multitudes. El horror al absolutismo se había apoderado del alma española, y como efecto de él, surgiendo las conspiraciones llevadas contra Fernando VII en los años de 1813 a 1819. La primera hecha en el 14 con Mina por Jefe; la segunda en el 15 por Porlier; la tercera en el 16 con Richard; la cuarta en el 17 con el Gral. Lacy y la del 18 con el coronel Vidal. Todas habían fracasado, por falta de preparación pero todas movidas por el mismo deseo de libertad. Mas las ideas no se encierran en los calabozos, ni se matan con las bayonetas, antes bien florecen y se propagan con la sangre de sus mártires.

Al finalizar el año 19—después de Boyacá—, los españoles quisieron seguir el ejemplo de sus hermanos de ultramar. Fue el 1º de Enero de 1820, cuando el comandante del batallón Asturias, D. Rafael del Riego, arengó a sus soldados, acantonados en el pueblo de Cabezas de San Juan, (1) y tomando la bandera de la Revolución lanza el grito de *Viva la Constitución de 1812*. En su ayuda viene el coronel Quiroga, prisionero en Alcalá de Gazules, se escapa y al frente de los batallones de España y la Corona proclama la Constitución. Empiezan sus luchas y penalidades pero al fin vence la fuerza de la justicia y España se siente salvada. El rey jura la Constitución y promete la libertad a los españoles. Las jóvenes repúblicas suramericanas reciben con alegría este nuevo triunfo de su causa y en Bogotá llega a cantarse el himno de Riego.

En la misma Francia, cuna del derecho, el nombre de Bolívar era tomado como sinónimo de libertad. Los revolucionarios de 1820, con el nombre de Bolívar en los labios, en canciones patrióticas y con entusiasmo de valientes tomaron a París.

La revolución de España abatió para siempre los despotismos en la vieja Europa. Bolívar, que había concebido el inmenso plan de libertar la América e invadir con sus legiones victoriosas a España, vió con satisfacción el prin-

(1) Fernando VII había organizado una expedición contra América y encargado de ella al Conde de Abisbal, reemplazado en su mando por el sanguinario Conde de Calderón.

cipio de su deseo, alimentado por la savia robusta de los amigos de libertad y los enemigos de la tiranía. Las sublimes y redentoras ideas de republicanismó brotaron en Europa y la conmoción de América hizo temblar a muchas de sus viejas dinastías, que creyéndose soberanas ejercían su poder despótico, sin contar con que su organismo estaba minado, falto de justicia su gobierno.

Desde entonces Europa vacila: desde entonces el mundo entero acogió con entusiasmo el ideal de Bolívar, la república universal, y parece que quiere realizarlo.

Adquirida la independencia era preciso conservarla y hacerla reconocer por los demás países. Era lo primero que debía hacerse ya que sin esto las relaciones no podían entablarse y decaería naturalmente. Las gestiones con los gobiernos europeos son de primordial importancia. Bolívar envía comisionados encargados de hacer reconocer la independencia absoluta de Colombia. En 1822 la Cámara de Representantes de los Estados Unidos vota con 53 votos contra uno el reconocimiento de la independencia de los suramericanos y envía su ejemplo al Senado, que hace lo mismo. Inmediatamente envía como Ministro Plenipotenciario a Mr. Richard C. Anderson, recibido en audiencia solemne por Santander el 16 de Diciembre de 1823. Colombia nombró como su representante a D. Manuel Torres, quien hizo reconocer la independencia, y a él le sucedió el Dr. José M. Salazar, recibido por Monroe el 7 de Junio de 1823.

En Europa los enviados consiguieron de la Gran Bretaña que reconociera la independencia el 2 de Enero de 1825 y Colombia nombró como ministro y enviado extraordinario a Don Manuel Hurtado, siendo así la primera nación americana que tuvo representación en el Gabinete inglés. El reino de Suecia, aunque no la reconoció como independiente, estableció relaciones comerciales y nombró como agente consular al caballero Severino Leonish.

En Suramérica las relaciones diplomáticas marchaban con mayor seguridad: Se hicieron tratados de Alianza y confederación con el Perú, Chile, y Argentina. A ello fue destinado D. Joaquín Mosquera, nombrado ministro especial. El 6 de Junio de 1822 firmó el tratado con el gobierno de Lima, cuyo plenipotenciario era el argentino Bernardo Monteagudo; el 21 de Octubre del mismo año el de Santiago de Chile, cuyo Ministro era D. Joaquín de Echeverría. Estos dos Estados se comprometían a un pacto de federación y a enviar al Congreso proyectado en Panamá, ideado por Bolívar—como medio de unión del continente americano y previendo en el futuro el poder absorbente de los Estados Unidos,—un representante que ayudara al engrandecimiento de las labores de aquel Congreso, fundamento de la alianza suramericana contra el enemigo invasor, que olvidando los derechos que acompañan a los pueblos débiles pisotea sus tratados imponiendo la fuerza de las armas y el oro como encubridor de villanías.

Buenos Aires no correspondió como lo esperaba Bolívar,

pero el 8 de Marzo de 1823 firmó Mosquera con D. Bernardo Rivadavia, ministro argentino, un tratado de amistad. Quedaron constituidas las relaciones diplomáticas con las naciones suramericanas y los respectivos gobiernos enviaron sus representantes ante Colombia, la que a su vez nombró los suyos, estableciendo legaciones en Lima, Santiago y Buenos Aires, nombrando para desempeñarlas respectivamente a D. Cristóbal Armero, a D. Manuel Salas Corvalón y a D. Gregorio Fumes. En Centro América, Méjico fue la primera en firmar un tratado de confederación y alianza, con el representante de Colombia, Sr. Santamaría, tratado que firmó D. Lucas Alaman como Ministro de esta nación.

Sin estas relaciones diplomáticas nuestra nación no hubiera podido entrar en la vida de las naciones libres, ya que si no se reconocía un gobierno, no hay independencia. Boyacá nos legó esta otra garantía en la vida futura de Colombia.

Mas aparece el gran problema: Qué gobierno debía darse a la América? Esto pensó Bolívar después de Boyacá. Difícil sería para nosotros dar la solución, ya que el punto es de alta trascendencia. Consultar el estado general de los pueblos, estudiar sus costumbres, su adaptación a las innovaciones y aun las mismas condiciones del suelo, son las únicas vías que podrían darnos algunas luces. Muy a la ligera, ya que la premura del tiempo no nos ha permitido dedicarle la atención que merece, trataremos de dar nuestra opinión.

Es verdad que la América, sometida desde la conquista por España a la autoridad monárquica, estaba compenetrada de servilismo; el rey era mirado por el pueblo como algo sagrado e inviolable y su autoridad acatada con religioso y fanático respeto. La ignorancia que en las diferentes clases reinaba, contribuía poderosamente a afianzar muy hondamente las ideas monárquicas, seductoras para los amigos de pomposas fiestas y de ridículos títulos de nobleza adquiridos a fuerza de humillaciones. Como ejemplo de ello estaba Lima, la ciudad más realista del Nuevo Mundo, y donde las ideas monárquicas estaban más bien cimentadas. La forma monárquica parecía la forma de gobierno apropiada para América, pero Bolívar que veía y comprendía sus transformaciones futuras no quería arrancar el centro para cambiar de amo. Sintió llegar las ideas nuevas, aproximarse la igualdad de los individuos, el destronamiento de los reyes y el ruidoso triunfo de la democracia. Estudió el suelo americano y comprendió que las coronas y los centros caerían en América como los árboles viejos, por su propio peso. Méjico estaba como prueba de su acerto: su imperio había tenido una vida efímera y su emperador Iturbide muerto trágicamente, sin haber reinado dos primaveras.

Una poderosa fuerza se oponía a sus convicciones republicanas: el clero y la nobleza criolla. Ambos querían

conservar sus prerrogativas y eran netamente realistas. En Perú, Chile, Venezuela, Argentina y aun en Nueva Granada se querían soberanos de la pseudo-nobleza americana, que fuesen elevados a la categoría de reyes. Otros llevaban sus exigencias hasta pedir que se llamase a un infante de la Casa de Borbón, para que gobernase a los nuevos estados y los más osados propusieron a Bolívar que se proclamase rey. Entre estos podemos citar al fracasado Protector del Perú, D. José de San Martín, que eclipsado por la luz que el Libertador lanzara sobre el Nuevo Mundo huyó de él, no sin antes haberlo calumniado, y haber dado pruebas de antipatriotismo trabajando por la restauración de la monarquía. Ahora entre nosotros tenemos a Santander y a Páez, decididos amigos de la Monarquía, y aun más a jefes de la nación que más tarde llegaron a llamarse como Tomás Cipriano de Mosquera, Tomás 1^o.

Todos los elementos parecían conjurados contra la República: sus hombres, sus costumbres, su raza. No obstante a todos y a todo vence Bolívar con su Ideal. Tomando como ejemplo a la floreciente República del Norte y amparado por su genio implanta en el Nuevo Mundo el régimen republicano; iguala a los individuos, aboliendo la esclavitud y crea el hermoso título de ciudadano, sugestivo y grande en contraposición al oprobioso de súbdito.

De Boyacá nació la República consolidada para siempre. La República envidiada por todos los pueblos, como única forma de gobierno digna de gobernar hombres, y crear amores y progreso; la República que considera el individuo por el individuo, la que establece igualdad y protege sin distinción al potentado y al pobre, al plebeyo y al noble. Por ella son respetadas nuestras íntimas convicciones; por ella el presidente no pertenece a determinada casta, sino que gobierna por sus merecimientos, por su ilustración y sin haber sido elevado al puesto por caprichos de cuna.

Cada día que pasa se admira más a Bolívar y a su obra. El adelanto a que ha llegado la América se debe a su gobierno; a ese gobierno que Bolívar le dió sobreponiéndose a las ambiciones; desechando grandezas que lo hubiera empujado y ocultado su gloria. El nos legó como prueba de verdadero amor la República nacida el 20 de Julio de 1810 en la inolvidable encarnación de la Junta Suprema.

La Patria, como una niña en los albores de su nacimiento, tuvo sus primeras penas en las guerras civiles de 1811, que rasgaron su túnica y mancharon sus vestiduras con sangre de hermanos. Más tarde Bolívar le regala un manto de oro, bordado con el triunfo de Boyacá, y adornado con las piedras preciosas que el 17 de Diciembre de 1819 le pusiera Francisco Antonio Zea en el Congreso de Angostura al proclamar la creación de la Gran Colombia, se encamina orgullosa a mostrar en Carabobo su valor juvenil, arrojando las huestes iberas. Tomando airoso el luciente pabellón tricolor se lanza a libertar a sus hermanos

del Sur, clavando el oriflamá en las cumbres del Pichincha. De allí parte apoyada en la inviolada espada de Sucre y azota en Junín el rostro al enemigo, para seguir triunfante del brazo de Córdoba que en Ayacucho sube con ella a las encumbradas cimas del Cundancurca y clava en ellas el iris de Colombia, para que altivo tenga por compañeros el Cóndor imponente y el cielo azul de la Libertad.

Bibliografía.

Memorias de O. Leary. Historia de D. José Manuel Restrepo. H. de Henao y Arrubla. H. de Groot. Bolívar por los grandes autores americanos. Páginas históricas. H. de Antioquia por don Alvaro Restrepo y Euse. H. de Quijano Otero. Bolívar y San Martín por Carlos Villanueva. La Monarquía en América por Carlos Villanueva. La Federación en Colombia por José de la Vega. Bolívar por Jules Mancini. Bolívar Intimo. Discurso del Padre Mateo. Colón en el Centenario de Colombia en 1910. Historia de España por el Padre Mariana.

Antonio Molina Uribe.

(Del "Ateneo Nuevo").

La Batalla de Boyacá

afianza la evolución de Colombia.

No era posible continuar por más tiempo el sueño que parecían dormir las Colonias españolas: ya estaban demasiado robustas y era preciso que sacudieran el tutelaje de su madre España.

El país estaba dividido en castas que hacían imposible la vida; los españoles que arribaban a nuestras costas eran, generalmente, aventureros de baja posición social. A pesar de ésto, se daban aires de grandes señores, lucían su vanidad y ésta era aumentada por la Corte, que les daba fueros de nobleza a cuantos pisaban nuestras tierras. Despreciaban al obrero y le increpaban su vileza: preferían morir de hambre a ver manchadas sus manos con el trabajo. El trabajo!, único elemento que dignifica hombres y moraliza sociedades. Como los «chapetones» eran los únicos encargados de los puestos de alguna importancia, aprovechaban esta coyuntura para enriquecerse a costa de las demás clases y para cometer cuantas iniquidades les fuera dable.

Los mestizos, que formaban la mayoría de la población, ahogaban en sus pechos un fermento de odio, de odio profundo que más tarde había de estallar con consecuencias trascendentales; sostenían una posición nada sincera: tan pronto como deificaban a los «chapetones», les increpaban sus miserias.

Y los indios, los infelices indios sufrían indecible; estaban sometidos a la ley de la «mita», y en virtud de ella los «mitayos» eran obligados a abandonar sus hogares y condenados a trabajar por un año en tierras lejanas, siendo víctimas de los cambios repentinos de climas que fue lo que más contribuyó a su exterminación. Tenían que trabajar trescientos días y hacer trescientas tareas completas y como retribución de su trabajo tenían al finalizar el año un saldo de un peso y setenta y seis reales a su cargo, saldo que debían cubrir al siguiente.

El sistema rentístico estaba deficientemente organizado; se gravaba todo, hasta el punto de cobrar impuesto por los hijos y por cada cabeza de habitante; los dirigentes no tenían más mira que enriquecer el Tesoro, y para ello no se cuidaban de desarrollar ningún plan científico. Consecuencia de tan inconsulto sistema fue el alzamiento de los Comuneros que en un principio sólo dio por resultado el sacrificio infamante del célebre Galán y de sus compañeros, pero que a la vez trazó la trayectoria que debía recorrer la libertad.

La descomposición política era un hecho imponente y claro; a pesar de que España estaba empapada en sentimientos benévolos para con sus Colonias, no era posible conservarlas por más tiempo. Y para que se vea que no estaba en el ánimo de España hostilizarnos, transcribimos un aparte del informe del Oidor Guirior: «La razón y la justicia dictan que no es útil sino perjudicial al Erario cuando crece con daño y empobrecimiento del vasallo.» Y en la puerta principal de la Real Audiencia se leía una inscripción altamente sugestiva, capaz de hacer que el más estrecho criterio absuelva de todo cargo a España, y que traspasa los límites de lo bello y de lo justo. Dice así: «Esta casa aborrece la maldad, ama la paz, castiga los delitos, conserva los derechos, honra la virtud.»

A pesar de tan hermosas protestas, nada se obtenía porque la falta de vías de comunicación hacía que la justicia llegara, si llegaba, tarde, y que entre tanto los españoles hollaran toda ley y vulneraran todo derecho.

A tal estado de cosas se agregaba el relativo adelanto de la educación, obtenido en centros literarios y empapado en ideas de libertad y renovación venidas de ultramar, en libros que clandestinamente introducían Nariño y sus compañeros.

En el año de 1794 la casualidad puso en manos de Nariño un ejemplar de los Derechos del Hombre, que en esa época se reclamaban en Francia y en los cuales se proclamaban avanzados principios de libertad.

Es de suponerse cuál sería el efecto que produjo en Santa Fé la reproducción que de ellos hizo Nariño, contra quien se entabló juicio de responsabilidades inmediatamente vino el Virrey a la Capital.

La agitación era general, la nerviosidad se apoderaba de las masas y todos se preparaban para algo muy singular.

lar. Sólo faltaba el menor incidente para estallar el movimiento revolucionario, y aquél vino a ser la diferencia habida entre don José González Llorente («Chapetón») y don Francisco y don Antonio Morales [«criollos»], con motivo de la cual el pueblo enfurecido tocaba a fuego y gritaba mueras a los «chapetones». La multitud se agolpaba cada vez más, y el mismo e inolvidable día 20 de Julio de 1910, el pueblo pedía Cabildo abierto y quedaba constituida la Junta Suprema del Nuevo Reino, y en ella se oían las valientes frases del Tribuno del pueblo, don José Acevedo y Gómez: «Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes».

La revolución quedó iniciada; en todas las provincias ocurrieron movimientos semejantes y la Junta estudiaba el medio de darse una Constitución conque habían de regirse, porque el Gobierno del Virrey fue echado a tierra con su expulsión.

En el Bajo Palacé las armas de la revolución obtuvieron la primera victoria que preludiaba la posibilidad de sacar adelante el deseado ideal de libertad. Las tropas españolas al mando de Tacón, quien pretendía ahogar los anhelos de los de Popayán, recibieron mortal descalabro de manos de Baraya y de nuestro inmortal Girardot.

Tras un caer y levantarse las fuerzas de la República habían logrado preponderar, porque el movimiento había sido favorecido con la revuelta del Viejo Mundo. En efecto, Napoleón que quería apoderarse de Portugal, pidió permiso a Carlos IV para llevar sus tropas al través de España, y Carlos no sólo lo autorizó sino que prestó ayuda a Junot, encargado de las fuerzas. Esto produjo indignación en el pueblo español, quien empezaba a mostrar su adhesión al Príncipe Fernando. Napoleón, mostrándose pérfido, amenguó su gloria cuando combinó un plan para hacerse a la Península. Mandó a Murat con 8.000 hombres so pretexto de reforzar las tropas que iban a Portugal, pero cuya verdadera misión era hacer que la familia real huyera a América, y temiendo que al hacerlo cediera sus dominios a los ingleses, determinó aprisionarla en Cádiz.

Dispuesta ya la familia real a seguir a Méjico, estalló un motín militar en Aranjuez que dio por resultado la abdicación de Carlos en favor de su hijo Fernando.

Murat, fingiendo deseo de un arreglo amigable, propuso que Carlos y Fernando se sometieran al arbitraje de Napoleón. Así convinieron y marcharon a Bayona, lugar determinado, donde, después de desdorosas escenas, Carlos y Fernando renunciaron sus derechos a los tronos de España e Indias, en tanto que José Bonaparte era proclamado rey de España.

No contento Napoleón con esto, y temeroso del resto de la familia real, quiso que Murat la llevara cautiva a Bayona, lo que motivó el célebre levantamiento del 2 de Mayo. Las fuerzas francesas cometieron muchas tropelías

en la península, pero al fin fueron vencidas en Bailén por el famoso General Castaños. Indignado Napoleón, quiso tratar a España como «país conquistado», pero nada consiguió porque más tarde los españoles al mando de Wellington hicieron desocupar al invasor el terreno que tenía en su poder; en la batalla de Arapiles.

Libre ya España de todo elemento extraño volvió Fernando VII al trono y tendió su mirada hacia las Indias que se hallaban en completa revolución.

Era el 20 de Agosto de 1815 y Cartagena veía desembarcar en sus costas al monstruoso pacificador D. Pablo Morillo quien había de ahogar en sangre la Libertad, llenar de luto la naciente República y hacer que al callar las sonoras vibraciones de la guitarra colonial, fueran reemplazadas por el llanto lastimero de huérfanos y viudas.

Así debía de ser; la época de dolor y llanto porque estaba en gestación la Libertad, y ante la grandeza de esta concepción, hasta la madre tierra debía sentir desgarrarse sus entrañas. Ciento seis días de sitio resistió nuestra heroica Cartagena, al cabo de los cuales el infame Morillo la tomó y cometió las mayores iniquidades con unos cuantos muertos andantes que habían sobrevivido al hambre y a la peste. La República estaba perdida: el Pacificador tronchaba en flor las cabezas de los más esclarecidos patriotas, y después de dividir las tropas en cuatro gruesas columnas marchaba a la Capital, marcando una era de persecución y de sangre.

Al saberse en Bogotá la próxima llegada de Morillo se perdió toda esperanza: don Camilo Torres renunció la Presidencia y la asumió don José Fernández Madrid, quien juzgó prudente retirarse con el Congreso y las tropas a Popayán, en tanto que el General Sérvez con las suyas lo hacía a Casanare donde había de mantener latente el espíritu patriótico, y disciplinar un puñado de héroes destinados o la resurrección de la República.

La revolución estaba encarnada en la recia alma del Libertador, quien desde el Cuartel General de Angostura se dirigía a los ejércitos venezolano y granadino en estos términos: «El día de la América ha llegado y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo libertásteis a Venezuela.»

La avanzada visión política del Libertador, desde el año de 1817 le había sugerido el deslumbrante ideal de la campaña libertadora. En efecto, tirado en su hamaca en Casacoima, después de haber escapado su vida en una laguna, decía a sus compañeros Generales Arismendi y Soublert y al Coronel Briceño: «No sé lo que tiene dispuesto la Providencia, pero ella me inspira una confianza sin límites. Salí de los Cayos, solo; en medio de algunos oficiales, sin más recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar

un país enemigo y conquistarlo; se ha realizado la mitad de mis planes; nos hemos sobrepuesto a todos los obstáculos hasta llegar a Guayana. Dentro de pocos días rendiremos a Angostura, y entonces....iremos a libertar a la Nueva Granada, y arrojando a los enemigos del resto de Venezuela, constituiremos a Colombia. Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo, e iremos a completar nuestra obra de libertar la América del Sur y a asegurar vuestra independencia llevando nuestros pendones victoriosos al Perú; el Perú será libre».

Ya era tiempo de que el Libertador desarrollara la parte más importante de su programa y para hacerlo se disponía a marchar a la Nueva Granada, obligando así a Morillo a desocupar a Venezuela, o a dejar perecer en manos de Sámano las fuerzas que asolaban a la Nueva Granada. Habiendo informado favorablemente los exploradores de las fronteras Granadinas, sólo faltaba nombrar un Jefe que fuera a Casanare, alistara el ejército, engrosara sus filas, e hiciera conocer el plan de campaña del Libertador. Este nombramiento recayó en el general Santander, quien al momento puso en práctica su encargo.

En el pueblo de los Setenta, el 23 de Mayo, Bolívar y sus compañeros discutían y aprobaban el plan de la campaña libertadora. El ejército se puso en comunicación con los cuarteles de Páez y Santander, Bolívar siguió a Mantecal y de allí a Guasdalito. La marcha era por demás penosa, los libertadores se batían con un enemigo más poderoso; la Naturaleza. Bolívar logró reunir su gente a la de Santander el 12 de Junio, en Tame, donde halló algunos recursos. Al transmontar los Andes se mermaban considerablemente las tropas porque los soldados perecían de hambre y de frío; no obstante ésto, vencieron en Paya un destacamento español de 300 hombres.

El ejército español a órdenes del General Barreiro tenía sus tropas en número de 1600 hombres en Sogamoso, de donde se movió a los Molinos de Bonza a fin de cubrir el camino de Santa Fé y mantener libre la comunicación con el Virrey.

El Libertador con su ejército, en su marcha segura sobre la Capital, invadió el Valle de Cerinza de donde siguió a Corrales de Bonza y, haciendo que Barreiro abandonara su posición, siguió el 25 de Julio al Pantano de Vargas, lugar donde se encontraron los ejércitos el mismo día. Los realistas ocuparon una posición más ventajosa, lo que agregado a la intrepidez de Barreiro, amenazó seriamente el éxito del ejército patriota, hasta que el Bravo Coronel Rondón dió una formidable carga de caballería que arrolló al enemigo y lo obligó a huir dejando en el campo 500 de sus soldados, en tanto que los patriotas sólo perdieron 104.

La suerte de la Batalla produjo grande entusiasmo en las fuerzas de la República que ya presentían el día de la libertad; y su confianza crecía cuando se robustecían sus

filas con 800 reclutas que en los momentos de descanso disciplinaba el General Santander. Los ejércitos se limitaron a observarse y a ejercitar movimientos estratégicos, en uno de los cuales Bolívar logró despistar a Barreiro y entrar a Tunja el 5 de Agosto, donde aprisionó la guardia y tomó 600 fusiles, víveres y vestuario.

Desesperado Barreiro al saber la atrevida marcha de los patriotas que ya le cerraban el paso, voló hacia la Capital por la vía de Boyacá. El Libertador, que supo la determinación del enemigo, siguió precipitadamente al Puente de Boyacá donde se encontraron los ejércitos y se dio principio a una encarnizada batalla, a las dos de la tarde del día 7 de Agosto.

Las tropas patriotas estaban admirablemente dispuestas; el general Anzoátegui mandaba el centro y el ala derecha, y el general Santander el ala izquierda; el Libertador, montado en su caballo negro, el «muchacho», desplegaba la destreza de su genio en la dirección del combate.

Barreiro aguardaba el combate desde una eminencia donde tenía su infantería protegida por tres cañones y por la caballería. Seguro del triunfo estaba el general español cuando lo atacó Anzoátegui, a tiempo que Santander hacía lo propio con el coronel Francisco Jiménez, segundo de Barreiro. Heróica pero inútil fue la resistencia de los aguerridos y valientes españoles. Era preciso que en esta solemne ocasión triunfara la justicia, y así fué, y pocas horas bastaron para que los españoles que no quedaban prisioneros huyeran en desconcertante derrota. El triunfo fue total y para siempre: ya no quedaba en el país elemento alguno que osara disputar la realidad de la naciente República. La Batalla de Boyacá era el adiós que para siempre daban las colonias americanas a su madre España.

El pánico y la confusión reinaron en Santa Fé con la noticia del *desastre* de Boyacá; los españoles, que poco antes creían reconquistado el País, ahora sólo pensaron en huir a toda prisa, aún sin cuidarse de sus intereses, los que dejaban abandonados. Sámano y los Oidores, temerosos de las justas venganzas de los patriotas, se escaparon ridículamente disfrazados. Calzada, con la guardia que había en la Capital siguió al Sur, después de pegar fuego al parque.

Los patriotas derramaban lágrimas de felicidad, gozaban de indescriptible júbilo y se preparaban para recibir a sus libertadores.

Sus días de luto habían pasado y sus espíritus se rejuvenecían al calor de la Libertad. El 10 de Agosto, Bolívar y sus tropas recibían del pueblo bogotano los honores merecidos por sus esfuerzos, y eran motivo de admiración y de gratitud. El júbilo se esparcía por todas partes y los realistas abandonaban a Tunja, Socorro, Pamplona, Neiva, Mariquita, Antioquia, Chocó y parte de Popayán.

Restablecida la tranquilidad en la Capital, se procedió a indagar la manera más rápida y segura para desembarcarse del resto de las tropas españolas que aun quedaban

en el país. Calzada, como ya hemos dicho, siguió a Popayán con la guardia de Bogotá, los derrotados de Boyacá y varios empleados públicos; en Buga se encontró con D. Joaquín París quien iba en su persecución y allí capituló. En persecución del Virrey y su comitiva siguió Anzoátegui, pero nada se obtuvo debido a la rapidez con que habían embareado. El General Córdoba siguió a Antioquia con el fin de levantar los ánimos y crearse un buen ejército; el Gobernador español D. Carlos Tolrá, embarcó en Zaragoza. Pedro Fortuol y D. Joaquín París se apoderaron de Pamplona y Belalcázar, respectivamente.

Tenemos que nuevas Provincias habían surgido a la vida independiente, y que por lo tanto era preciso dotarlas de un gobierno siquiera provisional que afianzara la libertad y conservara el orden. Con tal fin *aclamaron* en Bogotá, Presidente al Libertador y este nombró *Vicepresidente* al General Santander, quienes debían ejercer mientras se reunía un Congreso que echara bases definitivas al Gobierno y determinara la forma que había de adoptarse. Mientras tanto, a cada Provincia se le dio un Gobernador civil y otro militar, y todos los empleos públicos se confiaron a los patriotas para que los pueblos, gobernados benévolutamente por sus mismos hermanos, pudieran apreciar el valor de la libertad conquistada.

El Libertador, para quien nada era imposible, y quien siempre acometía empresas deslumbrantes, había concebido el maravilloso ideal de unir a Venezuela y a la Nueva Granada en una sola República, y para conseguir la realización de su sueño salía para Venezuela después de despedirse así: «Yo me despido de vosotros por poco tiempo granadinos. Nuevas victorias esperan al ejército libertador que no tendrá reposo mientras haya enemigos en el Norte y en el Sur de Colombia. Entre tanto, nada teneis que temer. Yo os dejo valerosos soldados que os defiendan; Magistrados justos que os protejan, y un Vicepresidente digno de gobernaros.»

El Libertador iba a presentar su proyecto de unión ante el Congreso de Angostura, de cuyas labores daremos cuenta una vez que echemos una ojeada retrospectiva, que nos permita seguirle el curso al desarrollo del importante tópico del gobierno, que fue el cambio más trascendental, iniciado en el País desde los albores de la Independencia, y felizmente coronado en Boyacá.

Dos tendencias marcadas se notaron desde la reunión de la Junta Suprema en Santa Fe el 20 de Julio de 1810. Era la una la de los que proclamaban el sistema federal, y la otra, la de los que creían que la única salvación era el establecimiento de un gobierno central.

Don José Acevedo y Gómez, elocuente orador, y don Camilo Torres, fueron los principales defensores del federalismo. Tan brillantemente expusieron el sistema, que lograron infiltrar su idea hasta el punto de que en el Acta de Independencia se dice que todo el poder se depositará en

esa Junta mientras ella misma dicta la Constitución que afiance la felicidad pública contando con las provincias a las cuales se les pedirá sus diputados, quedando éstas ligadas *únicamente por un sistema federal*.

Aquí estuvo nuestro primer error, al decir de varios críticos. Nuestros padres no tenían ninguna experiencia en asuntos de gobierno; el régimen anterior a que vivieron sometidos no les permitió conocer los resultados prácticos de los sistemas, y de aquí que la fuerza de las circunstancias los hubiera obligado a ilustrarse en ideas importadas. El sistema federal que estaba en boga producía efectos admirables en los Estados Unidos, y hacía de Suiza la «República Modelo»; de suerte que los fines que perseguían nuestros próceres al adoptar este sistema eran altamente patrióticos.

Consideramos absurda aquella tesis que sostenga cuál es el mejor sistema de gobierno. Estos en sí no son buenos ni malos, no producen la felicidad ni la desgracia de los pueblos, no hacen la guerra ni la paz. Los pueblos hay que gobernarlos según su índole natural, sus costumbres, su educación y tener en cuenta hasta la configuración del suelo. Lo importante es, pues, saber acomodar los sistemas.

Las posesiones norteamericanas, en la época colonial, estuvieron regidas por instituciones enteramente distintas unas de otras y dependían separadamente de la Corona Británica. Para su dependencia se ligaron con un lazo federal para oponer resistencia al enemigo; buscaron, pues, un principio de centralización, que parece lo lógico en este caso.

No sucedía lo mismo entre nosotros: Trescientos años había estado sometido el Virreinato de la Nueva Granada al Gobierno español, y era regido en todo el territorio por una misma legislación, de suerte que ésta era la forma adecuada, y necesitábamos, además, refundir todos los elementos y darnos un gobierno que como un solo brazo hiciera girar la República con movimiento uniforme. Hubiera sido así, y seguramente habríamos ahorrado muchas lágrimas y evitado desastrosas contiendas fratricidas.

El General Nariño que acababa de obtener su libertad en Cartagena atacaba la idea federalista y la pretensión de reunir el Congreso en Medellín. Su manifiesto fue bien recibido por los pueblos y especialmente por la Junta de Santa Fe, quien determinó la pronta reunión del Congreso, acto que se llevó a cabo el 22 de Diciembre con asistencia de los representantes de Santafé, Mariquita, Neiva, Socorro, Nóvita y Pamplona, únicas Provincias que atendieron al llamamiento de la Capital. Fueron electos Presidente y Secretario don Manuel Bernardo Alvarez y don Antonio Nariño, respectivamente, quienes en sus trabajos dejaron ver sus tendencias centralistas con las cuales motivaron el recelo de los pueblos y el rompimiento del Congreso con la Junta de Santa Fé.

El día 30 de Marzo de 1811 se dió a los pueblos la Carta Fundamental de Cundinamarca, que fue «la primera expresión libre de los pueblos oprimidos y el primer eslabón de la cadena de nuestro Derecho Constitucional.» La Carta se dividió en catorce títulos, muchos de los cuales eran exposición de motivos, cosa inadecuada para ser tratada en una Constitución; además, se nota en ella la poca práctica de los Constituyentes cuando leemos el exceso de materias tratadas y su extremada reglamentación. En el primer título se habla de la forma de gobierno, la cual debía ser «una Monarquía Constitucional, moderando el poder del Rey, una representación nacional permanente.»

Otro punto de trascendental importancia era la separación de los poderes; nuestros Constituyentes consideraban que «la reunión de dos o tres funciones de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial en una misma persona o Corporación era tiránica y por lo mismo contraria al espíritu de las leyes y a la felicidad de los pueblos.» A pesar de esto, no es raro ver cómo en esta Constitución confundían los poderes a cada paso.

Respecto a elecciones se hizo una hermosa declaración, en la que se exigía al votante un juramento solemne para garantizar que al dar su voto no se dejaba llevar ni por el amor, ni por el odio; declaración ésta que pone de relieve la buena fe y la acrisolada moral de nuestros padres.

No obstante los buenos deseos y las protestas de reconciliación y de unión lanzadas a los pueblos, la Constitución había de durar poco, debido a la necesidad de ciertas reformas que se hacían inaplazables.

El 19 de Septiembre del mismo año se reunió la representación Nacional del Estado de Cundinamarca y acordó que a los individuos a quienes se nombrara Representantes se les revestiría del poder de revisar y reformar la Constitución.

Reunida la Representación Nacional al siguiente año, se dictó la Constitución de 1812 que es muy semejante a la anterior y que contiene muchos artículos tomados casi literalmente de ella. Sin embargo, se notan en ella ciertas innovaciones importantes que veremos a grandes rasgos. Rompe enumerando los derechos del hombre y sus deberes; son los primeros los que se refieren a la igualdad ante la ley, la libertad individual, el derecho de propiedad y las demás garantías individuales. Derechos éstos que consagra la Ley Natural y de los que ya hablamos cuando vimos lo que por ellos sufrió Nariño.

Los deberes se consignaron en seis artículos que se reducen a decir que los ciudadanos deben conocer y llenar sus deberes y que estos están encerrados en la pureza de la Religión y de las costumbres, en la observancia de la Constitución y en el sometimiento a la Ley.

No es buen ciudadano el que no es buen hijo, buen padre, buen hermano, buen amigo, buen esposo, declaraban los Constituyentes. Este solo principio, aunque inadecuado,

en un Texto Constitucional, cautiva vivamente nuestra atención, porque nos muestra el interés de nuestros padres por crearnos una República que tuviera por base la moral, y por bandera la dignidad.

Los pueblos, que no habían querido romper del todo con España, perdían su timidez y Cartagena se declaró Estado libre, soberano e independiente del Rey de España el 11 de Noviembre de 1811; los Representantes de Cundinamarca escribieron el 16 de Julio de 1813:

«Declaramos y publicamos solemnemente que Cundinamarca es un Estado libre e independiente, separado para siempre de la corona y gobierno de España,» y Antioquia hizo lo propio el día 11 de Agosto de 1813.

El gobierno de la República era inestable y débil y sus instituciones puramente ideales. El País seguía en manos de los españoles; las guerras civiles despedazaban nuestro organismo social y las huestes de Morillo arrastraban la República. Esta época luctuosa en la que sólo se veía desolación y ruina, fue sepultada en Boyacá y de su tumba surgió la Libertad que trajo la tranquilidad a los pueblos y les permitió disponerse a recoger sus vestigios constitucionales y sentar las bases sólidas de un gobierno que les permitiera gozar de las glorias que acababa de darles el triunfo.

Como ya habíamos dicho, el Libertador salió para Venezuela y llegó a la ciudad de Angostura donde estaba reunido el Congreso el 17 de Diciembre de 1816. El Presidente del Congreso, Zea, cedió galantemente su asiento al Libertador quien en un hermoso discurso dio cuenta al Congreso de sus triunfos deslumbrantes, del valor de sus soldados y del entusiasmo que la Libertad despertaba en la Nueva Granada. Igualmente manifestó su deseo vehemente de unir a Venezuela y a la Nueva Granada en una sola Nación. Decía: «Legisladores! El tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra República ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va a formarse esta vasta República», y más adelante agregaba: «Llamando nuestra República Colombia y su Capital Las Casas, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados bastante justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la humanidad. Colombia y Las Casas pertenecen a la América.»

La Comisión encargada de estudiar el proyecto del Libertador lo acogió con entusiasmo, y devuelto al Congreso fue aprobado unánimemente el mismo día 17 de Diciembre. Fue entonces cuando Zea lanzó esta célebre exclamación: «La República de Colombia queda constituida»; exclamación que no era otra cosa que el eco de los cañones de Boyacá que se esparcía por el Continente libre.

En virtud de la Ley Fundamental que acababa de dictarse, la República se dividió en tres Departamentos de-

nominados Venezuela, Cundinamarca y Quito, cuyas capitales serían Caracas, Bogotá y Quito respectivamente. Bolívar fue nombrado Presidente de la República y Zea Vicedepresidente; Vicepresidente de Cundinamarca se nombró al General Santander y de Venezuela al doctor Juan Germán Roscio. A Quito no se le nombró, porque aún faltaba que las armas de la República visitaran su territorio.

Para el efecto de dar la Constitución se resolvió reunir al Congreso el 1º de Enero de 1821, pero que no pudo reunirse hasta Mayo del año indicado por inconvenientes que todavía presentaba la revolución. El doce de Julio, el Congreso reunido en Cúcuta, ratificó, «en nombre y bajo los auspicios del Ser Supremo la Ley Fundamental expedida por el Congreso de Angostura. El 30 de Agosto se dio a los pueblos la nueva Constitución que había de regir los destinos de la Gran Colombia y marcar definitivamente el derrotero de nuestra Legislación Nacional. Al sancionarla, el Libertador la acompañó de un hermoso manifiesto, del cual transcribimos el siguiente aparte: «El Libro de la Ley, que tengo la gloria de ofrecer como la expresión de nuestra voluntad y aca de nuestros derechos, fija para siempre los destinos de Colombia. Vuestros Representantes, penetrados del origen de su autoridad, conservan la mayor suma de poder para el soberano, que es el pueblo: al depositario de la fuerza pública le han cometido la dulce facultad de hacerlos bien, sin que pueda dañarlos.»

El primer artículo nos muestra que ya la libertad estaba definitivamente asegurada, y que los Constituyentes estaban convencidos de que el triunfo de Boyacá había roto para siempre las cadenas de la tiranía. Dice así: «La Nación Colombiana es para siempre e irrevocablemente libre e independiente de la Monarquía Española y de cualquier otra potencia o dominación extranjera; y no es, ni será nunca, patrimonio de ninguna familia ni persona.»

Cuán grande era la confianza de nuestros legisladores en la Libertad, y cómo era de clara su visión al hacer esta declaración tan solemne ¡Cerca de cien años han corrido desde esa fecha y nadie ha osado poner en tela de juicio nuestra soberanía, a excepción de dos o tres ambiciosos que tuvieron prosélitos. (1) Es que nuestra República nació para ser libre!

Desde el 8 de Mayo de 1820 proclamaba el Libertador los mismos principios: «Colombianos! Yo os lo prometo en nombre del Congreso que seréis regenerados: vuestras Instituciones alcanzarán la perfección social; vuestros tributos abolidos, rotas vuestras trabas, grandes virtudes serán nuestro patrimonio, y sólo el talento, el valor y la virtud serán coronados.»

Grandes progresos se notan en esta Constitución; su estilo es nacional, no se ve en ella el espíritu de lo importado como en las anteriores; su estructura es más jurídica.

(1) Por razones obvias excluímos de éstos al Libertador.

ya no abundan la reglamentación y las máximas morales que, aunque preciosas, son inadecuadas en una Constitución. De ella dijo el doctor Rafael Uribe que era la mejor de cuantas hemos tenido. A pesar de esto, varios críticos afirman que pecó por demasiado centralismo, principalmente en lo Administrativo y que fue esto lo que constituyó su caída.

En resumen:

La Batalla de Boyacá cortó de un tajo las cadenas que nos unían a la madre España; devolvió la personalidad a millares de hombres que gemían en la esclavitud; dió al mundo cinco Repúblicas jóvenes que entraban por el sendero del progreso y que abrían sus surcos a la civilización. Ella nos creó una patria libre y digna, donde todos somos iguales y donde no reconocemos más méritos que los conseguidos por el esfuerzo propio.

El porvenir es glorioso: la situación geográfica de nuestra patria es envidiable, ella augura la realidad del progreso, que ya empieza a sentirse. Sus tierras son ricas y hemos logrado dignificar el trabajo.

Tenemos una Legislación puramente Nacional, y en nuestra actual Constitución, con las reformas de 1910, se inició la consolidación que tanto hemos anhelado y que nos hace creer que no está lejano el día en que tengamos una Constitución verdaderamente nacional, en la que estén refundidos los deseos de todos y que venga a afianzar la paz, que ya parece estable.

Aurelio Mejía.

(Del «Centro Jurídico»)

“Centro Jurídico”

Proposición aprobada por el “Centro Jurídico” en sesión de 22 de Agosto de 1919:

Medellín, 23 de Agosto de 1919.

Presidente Senado.—Bogotá.

«Centro Jurídico» presenta Senado agradecimiento proposición saludo juventud, voz aliento dirígale, asegurándole laborarase engrandecimiento Patria. Aprovecha oportunidad, pedirle si Tratado seis [6] Abril hase modificar mengua cláusulas primitivas, deróguese Ley apruébalo. Ruégole interesarse reglamentación Abogacía.

Presidente,

Jesús Bernal.

Varia

Procurador General

de la Nación ha sido nombrado el Dr. Dionisio Arango, Profesor de la Escuela de Derecho y ex-Magistrado del Tribunal Superior. El Dr. Arango ha aceptado la designación, y próximamente seguirá a la Capital a desempeñar el elevado cargo.

Por concurso.

La Dirección General de Instrucción Pública ha resuelto proveer los puestos de Maestros de Escuela por el sistema de concurso. Hasta ahora se han efectuado varios, con buen resultado. Sería plausible que la importante medida se hiciera extensiva a todos los establecimientos de enseñanza oficial.

Profesor

de Derecho Comercial en reemplazo del doctor Julio E. Botero y mientras dura la ausencia de éste, quien ocupa una curul en la Cámara de Representantes, ha sido nombrado el Dr. Francisco E. Tobar.

Nombramiento

Profesor de Derecho Constitucional ha sido nombrado el Dr. Lisandro Restrepo, por ausencia del titular Dr. Francisco de P. Pérez.

Duelo.

En el mes de Agosto último falleció en Puerto Berrío el Dr. Nicolás Mendoza, distinguido criminalista antioqueño. El doctor Mendoza desempeñó importantes puestos en el Poder Judicial, y últimamente ocupaba el elevado cargo de Consejero de Estado.

Congreso Jurídico.

El 7 de Agosto se instaló en Bogotá el primer Congreso Jurídico Nacional, como homenaje a los Libertadores en el primer Centenario de la Batalla de Boyacá.

Independencia de Antioquia

El 11 de Agosto último se cumplió el 106º aniversario de la Independencia de Antioquia. "Estudios de Derecho", al recordar la gloriosa fecha, consagra un recuerdo de gratitud a la memoria de quienes coadyuvaron en la generosa obra de independizar a Antioquia del dominio español.

Grado.

En la noche del sábado presentó examen de grado el Dr. Hernando Moreno, Miembro del "Centro Jurídico". Versó su tesis, que sostuvo con acierto, sobre letras de cambio, una de las materias más importantes del Código de Comercio. Fue Presidente de tesis el señor Director de la Facultad, Dr. Alejandro Botero U.

Estudio de Derecho.

Se vende en la Oficina de Administración, en la Librería de A. J. Cano y en la Tipografía Industrial.

CENTRO JURIDICO

DIGNATARIOS

Presidente, Jesús Bernal B., Vicepresidente, Luciano Rodríguez Mira, Secretario, Andrés Rivera Tamayo. Tesorero, Jorge López Sanín.

Presidentes Honorarios:

Dr. ALEJANDRO BOTERO URIBE

Dr. CLIMACO A. PALAU.

SOCIOS HONORARIOS:

Agudelo Joaquín
Agudelo Gregorio
Aguirre Campo E.
Arango Dionisio
Arango José Luis
Botancourt Félix
Botero Julio E.
Bernal José Miguel
Cardona S. Francisco
Cock A. Alfredo
Cock A. Victor
Cock Zacarias
Cuartas Isaias
Duque Rafael H.
Echeverri D. Jesús
Escobar Isaza Roberto
Gallego Romualdo
Gartner de la C. Jorge
Gil J. Gil
Hernández José J.
Holgún Carlos A.
Jaramillo Bernardo, Pbro.
Martínez Juan E.
Montoya Antonio J.
Macía José
Moreno J. Miguel
Mejía Alvarez Luis M.
Múnera José Urbano
Marulanda Jesús M.
Moreno Hernando
Moreno R. Otto
Molina José Luis
Ossa Salvador
Ocampo Manuel
Palacio Joaquín L.
Pérez Francisco de P.
Ramírez Clodomiro
Restrepo Carlos E.
Restrepo Lisandro
Restrepo G. Lisandro
Restrepo J. Gonzalo
Ramírez Urrea J.
Tobar Francisco E.
Tobón Lázaro
Toro Manuel M.
Uribe E. Carlos
Uribe C. Lázaro
Uribe E. Ricardo
Vélez Fernando

SOCIOS NUMERARIOS:

Agudelo Jorge
Bernal B. Jesús
Botero I. Horacio
Botero Gabriel
Barrientos Federico
Castaño Juan C.
Calle M. Miguel
Cuartas Anibal
Duque Ignacio
Duque Pablo E.
Flórez Nicolás
Franco Manuel
Gómez R. José J.
Gómez Carlos E.
González Joaquín E.
Jaramillo A. Agustín
López José Luis
López S. Jorge
López de M. Tiberio
Marulanda Ernesto
Mejía Aurelio
Mora V. José Manuel
Marín Luis E.
Orozco Jorge
Ortiz B. Juan
Ocampo Germán
Palomino Alberto
Rodríguez M. Luciano
Restrepo Rafael
Rivera Tamayo Andrés
Staalman Eduardo
Sierra Luis
Velilla José M.
Vásquez José R.
Vásquez Emiro
Zuluaga José J.

SOCIOS CORRESPONDIENTES

Los mismos de la *Sociedad Jurídica* de la Universidad Nacional.

CENTRO JURIDICO

DIGNATARIOS:

Presidente, Jesús Bernal B.; Vicepresidente, Luciano Rodríguez Mira;
Secretario, Andrés Rivera Tamayo; Tesorero, Jorge López Sanín

Presidentes Honorarios:

Dr. ALEJANDRO BOTERO URIBE
Dr. CLIMAÇO A. PALAU

SOCIOS HONORARIOS:

Agudelo Joaquín
Agudelo Gregorio
Aguirre Campo E.
Arango Dionisio
Arango José Luis
Betancourt Félix
Botero Julio E.
Bernal José Miguel
Cardona S. Francisco
Cock A. Alfredo
Cock A. Víctor
Cock Zacarías
Cuartas Isaías
Duque Rafael H.
Echeverri D. Jesús
Escobar Isaza Roberto
Gallego Romualdo
Gartner de la C. Jorge
Gómez Pedro Claver
Gil J. Gil
Hernández José J.
Holguín Carlos A.
Jaramillo Bernardo Pbro.
Martínez Juan E.
Montoya Antonio J.
Macía José
Moreno J. Miguel
Mejía Alvarez Luis M.
Múnera José Urbano
Marulanda Jesús M.
Moreno R. Otto
Molina José Luis
Ossa Salvador
Ocampo Manuel
Palacio Joaquín L.
Pérez Francisco de P.
Ramírez Clodomiro
Restrepo Carlos E.
Restrepo Lisandro
Restrepo G. Lisandro
Restrepo J. Gonzalo
Ramírez Urrea J.
Tobar Francisco E.
Tobón Lázaro
Toro Manuel M.
Uribe E. Carlos
Uribe C. Lázaro
Uribe E. Ricardo
Vélez Fernando

SOCIOS NUMERARIOS:

Agudelo Jorge
Bernal B. Jesús
Botero I. Horacio
Botero Gabriel
Barrientos Federico
Castaño Juan C.
Calle M. Miguel
Cuartas Aníbal
Duque Ignacio
Duque Pablo E.
Flórez Nicolás
Franco Manuel
Gómez R. José J.
Gómez Carlos E.
González Joaquín E.
Jaramillo A. Agustín
López José Luis
López S. Jorge
López de M. Tiberio
Marulanda Ernesto
Mejía Aurelio
Mora V. José Manuel
Moreno Hernando
Orozco Jorge
Ortiz V. Juan
Ocampo Germán
Palomino Alberto
Rodríguez M. Luciano
Restrepo Rafael
Rivera Tamayo Andrés
Staalman Eduardo
Velilla José M.
Vásquez José R.
Vásquez Emiro
Zuluaga José J.

SOCIOS CORRESPONDIENTES:

Los miembros de la *Sociedad Jurídica* de la Universidad Nacional.



DR. ROMUALDO GALLEGO

Muchas simpatías nos inspira este nombre porque así se llama, a más de un bueno y viejo condiscípulo, una alma selecta y un carácter.

Amigos suyos desde tiempo atrás, hemos seguido con interés su vida—hermosa historia de raras vicisitudes—en que aparecen victoriosos el esfuerzo, la voluntad, y, ¿por qué no decirlo? el talento.

Corona la carrera de abogado cuando ya es conocida y admirada su actuación en la judicatura y en el foro.

Es nuéstro también su merecido triunfo.

J. A. Z.